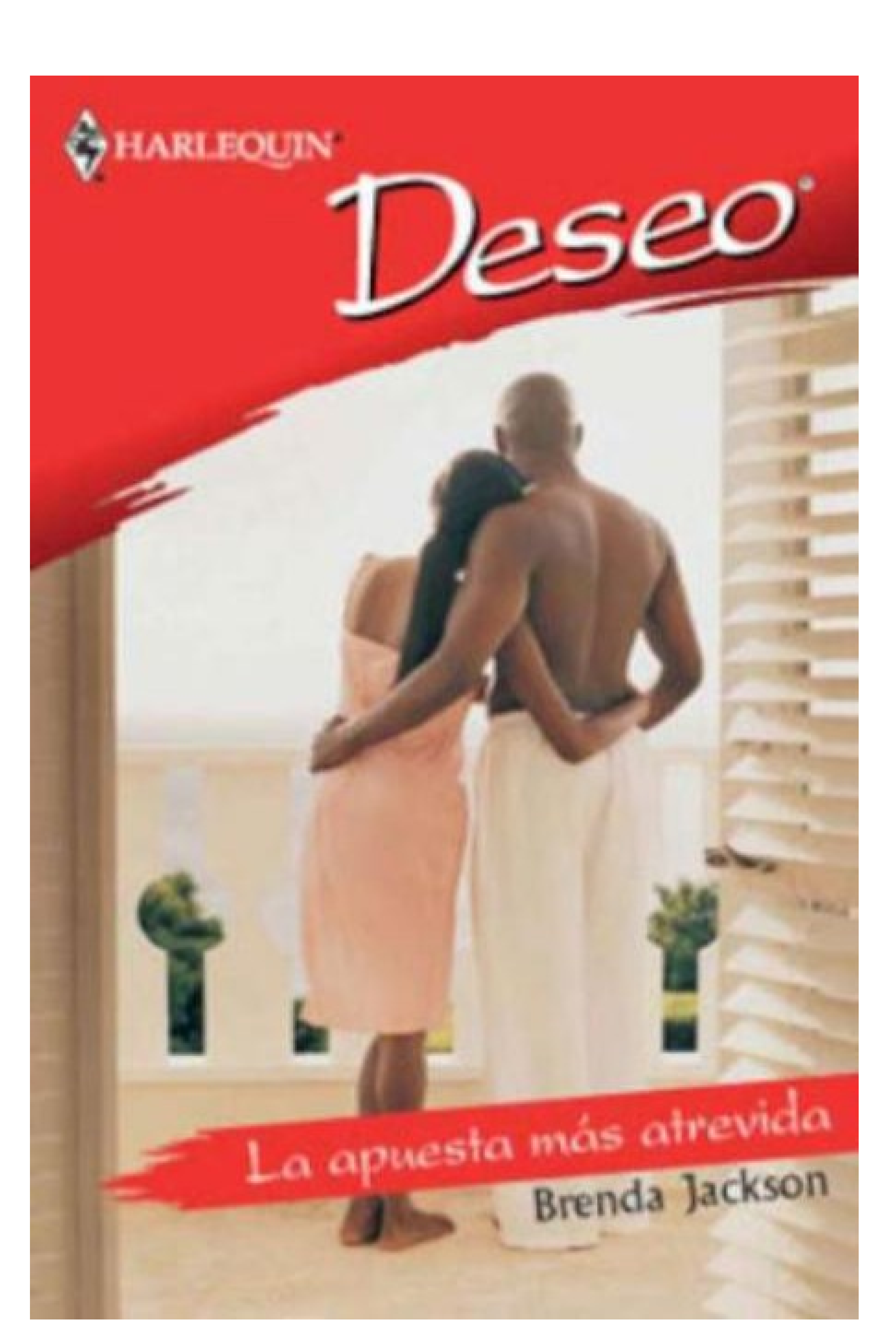

HARLEQUIN
Deseo
La apuesta más atrevida
Brenda Jackson

Había mucho más en juego que una noche de pasión... Ian Westmoreland creía que no volvería a ver a Brooke Chamberlain hasta que la vio aparecer en su complejo hotelero en busca de descanso. Brooke lo había traicionado hacía años y ahora Ian estaba seguro de que detrás de aquella visita había algo más. Ninguna mujer había estado tan cerca de encender la pasión que había dentro de él. Así que si quería descubrir lo que Brooke ocultaba, ¿qué mejor manera de hacerlo que a través de la seducción?

Brenda Jackson

La apuesta más atrevida

Saga: Serie - 9

Epílogo

-¡No lo haré, Malcolm! -respondió claramente Brooke Chamberlain mientras se apartaba un mechón de cabello moreno detrás de la oreja.

Si hubiese sabido para qué la había hecho llamar su jefe, se habría inventado una excusa para no ir a su oficina.

A ella le parecía que lo que le estaba pidiendo era inaceptable. En primer lugar, acababa de regresar de una misión en la que habían sorprendido a un viñador produciendo algo más que vino. Y en segundo, quería que volviese a viajar al oeste para, literalmente, espiar al hombre al que más odiaba en ese mundo: Ian Westmoreland.

Malcom Price se pasó la mano por la cara con frustración.

-Siéntate, Brooke -le pidió-, y déjame que te explique por qué he decidido asignarte a ti esa misión.

Ella resopló de manera muy poco femenina. No había nada que explicar. Malcolm era algo más que su jefe. Era un buen amigo, lo había sido desde que habían empezado a trabajar juntos en el departamento, cuando eran sólo compañeros. Dado que eran amigos, era una de las pocas personas que sabía de la relación que había tenido con Ian y por qué habían acabado cada uno por su lado.

-¿Cómo puedes pedirme que haga eso con Ian? -preguntó Brooke, yendo y viniendo por la habitación.

-Porque si no lo haces tú, mandarán a Walter Thurgood.

Ella se detuvo bruscamente.

-Thurgood?

-Sí. Y si lo envían a él, el caso estará completamente fuera de mis manos.

Brooke se sentó en la silla que Malcolm le había ofrecido anteriormente. Walter Thurgood, que llevaba un par de años en el departamento, era conocido por ser un arribista. Tenía grandes aspiraciones y una de ellas era ponerse al frente del FBI. Después de varias misiones, había conseguido la reputación de ser uno de esos agentes que siempre cumplía con su trabajo, a pesar de que los medios para conseguirlo hubiesen sido cuestionadles.

-Aunque Ian Westmoreland esté limpio, cuando Thurgood haya terminado con él, todo el mundo pensará que es el peor hombre del planeta si es que eso beneficia a Thurgood.

Brooke sabía que Malcolm tenía razón. Y también sabía lo que Malcolm insinuaba, que cuando uno era el hijo de alguien importante, los que te rodeaban eran más permisivos contigo aunque no te hubieras comportado adecuadamente.

-Pero si tú piensas que Ian está limpio y no sospechas de él, ¿cuál es la razón de esta investigación? -inquirió Brooke.

-El anterior dueño del casino, Bruce Aiken, ha sido declarado culpable de un caso de apuestas ilegales y no queremos que ninguno de sus viejos amigos salga de su escondite durante el juicio y retome el negocio sin el conocimiento de Westmoreland. Así que, en realidad, estarás haciéndole un favor.

Ian no lo entendería así, los dos lo sabían. Su presencia sólo aumentaría la falta de confianza que existía entre ambos. Pero, no obstante, no podía permitir que le diesen la misión a Thurgood. Eso sería un completo desastre para Ian.

Brooke levantó la cabeza y miró a Malcolm a los ojos.

-¿Y no es una investigación oficial?

-No. Irás allí porque necesitas unas vacaciones, y mientras, mantendrás los ojos y los oídos bien abiertos.

-Ian es uno de los hombres más honestos que conozco.

-En ese caso, no tienes nada de lo que preocuparte.

Brooke observó a Malcolm, pensativa, y finalmente accedió.

-De acuerdo.

-¿Quieres decir que irás?

Brooke frunció el ceño. Se encontraba entre la espada y la pared, y ambos lo sabían.

-Sabías que te diría que sí.

Malcolm sacudió la cabeza y ella vio algo más reflejado en sus

ojos azules. Sabía que cuatro años después de su ruptura, Brooke seguía enamorada de Ian Westmoreland.

Capítulo Uno

Ian Westmoreland se sentó en su despacho, donde los papeles le llegaban hasta las rodillas. No había razón aparente para que se le hubiese hecho un nudo en el estómago. A sus treinta y tres años, había aprendido a confiar en su intuición tanto como en su razonamiento deductivo. Levantó la cabeza y miró la pared revestida de madera que tenía enfrente.

Se incorporó, apretó un botón y vio cómo la madera se apartaba y dejaba a la vista una enorme vitrina de cristal. Las personas que había al otro lado iban y venían por el casino. Echaban fichas en las máquinas, apostaban en las mesas, y no tenían ni idea de que estaban siendo observadas. En ciertas zonas del casino, hasta podían ser escuchadas. Las cámaras de seguridad habían captado más de una vez conversaciones que habría sido mejor no oír. Pero en un casino tan grande como el Rolling Cascade, todo aquello era por motivos de seguridad. No todo el mundo iba al casino a jugar. Había quienes iban a aprovecharse de los errores de los demás. Su casino podía prescindir de esa gente y para eso estaba la sala de seguridad que había instalada en el tercer piso, en la que expertos en seguridad observaban más de cien monitores veinticuatro horas al día.

Desde la inauguración del casino, muchas personas habían ido por allí sólo para ver cómo había quedado el complejo turístico después de la remodelación y para comprobar si eran ciertos los rumores de que el casino volvía a tener vida. La revista *People* había anunciado en una edición especial que el Rolling Cascade había llevado el ambiente de Las Vegas al lago Tahoe con clase, integridad y decoro.

Ian se puso en pie y se apoyó en una esquina del escritorio

mientras seguía observando a la multitud. Tenía que haber una razón para estar tan tenso. La inauguración había sido un éxito, y él estaba encantado de haber dejado de ser un capitán de barco para ponerse a dirigir un casino con soltura.

Fue un par de minutos después, cuando ya iba a darse por vencido e iba a volver a ponerse a trabajar, cuando la vio.

Brooke Chamberlain.

Todo su cuerpo se puso en tensión. ¿Qué estaba haciendo ella allí? Decidió que no iba a perder el tiempo con elucubraciones y agarró el teléfono que había encima del escritorio. El jefe de seguridad del casino respondió a la llamada. –

¿Sí, Ian?

-Hay una mujer en la mesa de black jack con un traje de pantalón color azul claro. Tráela a mi oficina inmediatamente.

El jefe de seguridad le hizo una pregunta, a la que él respondió después de hacer un breve silencio.

-Sí, sé su nombre. Se trata de Brooke Chamberlain.

Colgó el teléfono y volvió a dirigir la atención a la mujer a la que un día casi había pedido en matrimonio… antes de que lo traicionase. La última vez que la había visto había sido tres años antes, en Atlanta, en la boda de su primo Dare. Brooke había sido invitada porque había trabajado a las órdenes de su primo, que era sheriff. En aquella ocasión, Ian la había ignorado deliberadamente.

Pero en esta ocasión estaba en su territorio e iba a hacérselo saber.

Ian la estaba observando.

Brooke no sabía exactamente desde dónde, pero el agente federal que había en ella lo sabía. Cámaras de vídeo. Las había por todas partes, colocadas de manera tan discreta que dudaba que la mayoría de las personas que estaban allí jugando fueran conscientes de que estaban siendo observadas.

-Perdone, ¿es usted la señorita Chamberlain?

Brooke se dio la vuelta y se encontró con un hombre alto y fornido de algo menos de cincuenta años. Tenía el pelo rubio y los ojos azules oscuros.

-¿Sí?

-Soy Vance Parker, el jefe de seguridad del casino. El dueño del establecimiento, Ian Westmoreland, quiere charlar con usted en su

oficina.

Brooke sonrió. Dudaba que Ian quisiera «charlar» con ella.

-Por supuesto, señor Parker, lo sigo.

Mientras Vance Parker la conducía al ascensor más próximo, ella iba rezando por ser capaz de sobrevivir durante las dos siguientes semanas.

Con los ojos pegados al cristal, Ian había observado el intercambio de palabras y sabía exactamente el momento en que Vance había mencionado su nombre. Brooke no había reaccionado con sorpresa, así que era evidente que sabía quién era el dueño del casino. Había entrado en la boca del lobo a propósito y él iba a averiguar la razón.

Se puso en pie y se movió alrededor del escritorio. De pronto, el nudo que tenía en el estómago parecía estar creciendo. Y cuando oyó la señal que anunciaba que había alguien en su ascensor privado, se sintió todavía peor. Aunque no quisiera admitirlo, iba a volver a ver a la mujer a la que nunca había conseguido olvidar. Durante los dos años que habían estado juntos, Brooke había puesto el listón muy alto al resto de las mujeres. Por el día había sido ayudante del sheriff y por la noche, una mujer con todas las letras de la palabra. Y todas las mujeres con las que había estado después no le habían llegado ni a la altura del betún. Le gustase o no, Brooke Chamberlain había sido su verdadero amor. La mujer que le había quitado el apetito por el resto de las féminas y que había conseguido domar su corazón salvaje.

No sólo lo había domado, también se lo había robado.

Los recuerdos le hicieron sonreír con amargura. Pero había madurado y era más inteligente, y el corazón que un día lo había controlado se había vuelto de piedra. Aunque eso no evitaba que le faltase el aire cuando se volvió para mirar hacia la puerta del ascensor, que ya se estaba abriendo.

Sus miradas se encontraron e Ian se dio cuenta de que la química que siempre había habido entre ellos seguía allí. Podía sentir su calor, su intensidad y cómo se conmocionaba su corazón. Cuando sintió que el suelo temblaba debajo de sus pies, apoyó las manos en el escritorio para guardar el equilibrio.

Era lo más cerca que habían estado el uno del otro desde aquella mañana en la que él había descubierto la verdad y se había

marchado de su apartamento después de una acalorada discusión. Durante la boda de Dare y Shelly, él había guardado las distancias, a pesar de que había sentido esas mismas vibraciones que habían hecho que se le encogiese el estómago.

Durante esos años de separación, le había sido difícil olvidar el día en que la había conocido, en la oficina de Dare, cuando ella tenía veintidós años. Hasta vestida con uniforme le había quitado el aliento del mismo modo que se lo quitaba en ese momento, con veintiocho.

A pesar de su separación y de las circunstancias que habían hecho que él terminase con su historia de amor, Ian tenía que admitir que era posiblemente la mujer más bonita del mundo. Su piel era dorada; sus expresivos ojos marrones cambiaban de color dependiendo de su estado de ánimo; la forma de sus labios, que hacían que todo su cuerpo se estremeciese; y la masa de rizos que le caía sobre los hombros y que a él le encantaba agarrar mientras le hacía el amor.

La idea de que Brooke le hiciese desenterrar recuerdos no deseados lo enfureció y se obligó a despegar la mirada de ella y dirigirse a Vance.

-Gracias, señor Parker. Eso será todo.

Ian vio cómo su amigo levantaba una ceja y se encogía de hombros antes de dirigirse al ascensor. En cuanto la puerta se hubo cerrado, Ian volvió a fijarse en Brooke, que se había dado la vuelta y le daba la espalda. Estaba mirando unas fotografías, en una aparecía él con Tiger Woods y en otra, con Dennis Rodman.

-He oído que Tigre y Dennis tienen casas por la zona -dijo Brooke para romper el silencio.

El comentario de Brooke sorprendió a Ian. ¿Así que quería que hablasen de cosas sin importancia? Ian debía haberlo esperado. Brooke solía hablar mucho cuando se veía envuelta en una situación que la ponía nerviosa, lo que a él le había parecido muy simpático durante su primera cita. Pero en esos momentos, le molestaba.

-No le he pedido a Vance que te traiga aquí para hablar de las casas de Woods y Rodman. Quiero saber qué demonios estás haciendo aquí, Brooke.

Había llegado el momento de la verdad. Brooke había aprovechado para despegar los ojos de Ian cuando éste le había pedido a Vance

Parker que se marchase. Aunque se había preparado para ese momento, no se sentía capaz de enfrentarse a él. Lo único que podía hacer era darse la vuelta y tener confianza en que, algún día, si Ian se enteraba de la verdad, la perdonaría por la mentira que iba a contarle.

Se volvió y sus ojos volvieron a encontrarse. Brooke sintió que le subía la temperatura y que todo su cuerpo se estremecía.

No conseguía hablar, Ian le había cortado literalmente la respiración. Siempre había sido un hombre guapo y, tres años después de la última vez que lo había visto, seguía siéndolo. En especial con esa barba que se había dejado crecer. Siempre había llamado la atención de las mujeres y, en ese momento, irradiaba una sensualidad masculina y salvaje.

Cuando Brooke había ido a Atlanta, a trabajar con Dare Westmoreland, había oído hablar de los dos primos Westmoreland, que tenían más o menos la misma edad, Storm e Ian, y que volvían locas a todas las mujeres.

Los rumores decían que terminar en la cama con Ian hacía que una velada fuese perfecta. Pero el seductor había cambiado cuando había empezado a mostrar interés por ella, que se lo había puesto difícil y no había cedido ante sus encantos con facilidad.

Como resultado, Ian había pasado dos años dedicándole exclusivamente a ella toda su pericia sexual.

Los rumores no habían sido falsos, a pesar de que no sólo las noches en la cama eran perfectas, también lo eran los despertares. Nadie sabía despertar a una mujer por las mañanas como él. Los recuerdos de sus sesiones de cama seguían poniéndole los pelos de punta a Brooke. Ian había sido su primer amante, su único amante.

-¿Te vas a quedar ahí parada sin decir nada o vas a responder a mi pregunta, Brooke?

Las palabras acaloradas de Ian la sacaron de su ensimismamiento, y recordó dónde estaba. Colocó los brazos en jarra y respondió en el mismo tono en el que él le había hablado.

-Responderé a tu pregunta con mucho gusto.

Ian se cruzó de brazos. ¿Cómo había podido olvidar lo rápido que desprendía fuego por los ojos cuando se enfadaba? Había echado de menos ese genio.

Las mujeres que había conocido después de ella habían sido

demasiado blandas y dóciles para su gusto.

-Estoy aquí por la misma razón que todo el mundo. Necesitaba descansar del trabajo y me he venido dos semanas de vacaciones.

Ian suspiró. No le cuadraba la respuesta.

-¿Por qué aquí? Podías haber ido a muchos otros lugares.

-Pues sí, y cuando contraté el viaje no sabía que tú eras el propietario de este lugar. Pensé que seguías siendo capitán de barco.

-Lo dejé después del huracán Katrina. Pero ya había decidido comprar este lugar meses antes. Sólo era cuestión de tiempo que me instalase en tierra firme.

Ian se quedó mirándola un momento, y después preguntó:

-¿Y cuándo has sabido que el casino era mío?

-Hace un par de días. Pero me dije que, al fin y al cabo, mi dinero valía igual que el de las demás personas y que no podía pasar el resto de mi vida preocupándome por si me encontraba contigo a la vuelta de una esquina. Ian, tenemos un pasado que podemos recordar como feliz o infeliz, pero tenemos que seguir adelante. Oí que este lugar era muy bonito y pensé que era justo lo que necesitaba. Y, para ser honesta contigo, no me ha gustado nada que me trajesen aquí como si fuese una delincuente o algo así. Pero si tú piensas que no podemos respirar el mismo aire durante dos semanas, dímelo e iré a gastar mi dinero a otro sitio.

Ian movió la mandíbula enfadado. Brooke tenía razón, por supuesto, tenía que dejar atrás el pasado. Pero lo que más lo molestaba no era el hecho de que hubiesen roto, sino la razón de la ruptura. Se habían sido fieles. Ella había sido la única mujer con la que había considerado casarse. Pero también había sido la única mujer que le había roto el corazón.

Incluso cuando ella había decidido aceptar trabajar para el FBI en Washington y él se había marchado a Memphis para ponerse al frente del Delta Princess, habían conseguido mantener la relación.

Pero Brooke no había confiado lo suficientemente en él. No le había dicho que estaba investigando a uno de sus socios, y eso había roto la confianza entre ellos. Cuando Ian había querido averiguar la verdad, un hombre había perdido la vida y una familia se había hecho añicos.

Ian prefería que no se quedase en el Rolling Cascade. Pero

quizás la manera de dejar atrás el pasado fuese demostrando que era capaz de respirar el mismo aire que ella.

-De acuerdo, quédate si quieres. Tú decides.

-Entonces, me quedo. Ahora, si me disculpas, me gustaría empezar a disfrutar de mis vacaciones.

Brooke se dirigió al ascensor y, sin mirar atrás, lo llamó y entró cuando las puertas se hubieron abierto. Cuando se dio la vuelta, sus miradas volvieron a encontrarse. Fue entonces cuando a Ian le pareció vislumbrar algo en sus ojos. ¿Petulancia? ¿Tristeza? ¿Deseo?

¿Cómo iba a olvidarse del pasado si seguía enfadándose cuando pensaba en lo que Brooke le había hecho?

Fue detrás del escritorio y presionó un botón. Vance respondió al instante.

-¿Sí, Ian?

-La señorita Chamberlain vuelve a bajar.

-De acuerdo. ¿Quiere que la vigile mientras esté aquí?

-No.

No quería que ningún otro hombre la mirase. Pero decidió que tenía que darle una explicación a su amigo.

-Brooke y yo tenemos una vieja historia que enterrar.

-Ya lo imaginaba.

-Otra cosa, Vance. Trabaja para el FBI.

-¿Está aquí por negocios o por placer?

-Dice que por placer, pero yo me encargaré de vigilarla.

-¿No te lo habría dicho si estuviese aquí por trabajo?

-No. La lealtad es una de las virtudes de Brooke Chamberlain.

Brooke atravesó el casino con naturalidad, sabía que las cámaras seguían observándola. No dio rienda suelta a las lágrimas hasta que no estuvo en su habitación. Ian la había mirado con odio y eso no podía soportarlo. Si supiese para lo que estaba allí en realidad…

Respiró profundamente y se limpió las lágrimas. Tenía que ponerse en contacto con Malcom. Sacó el teléfono móvil de su bolso.

-Estoy en el Rolling Cascade, Malcolm.

-Doy por hecho que ya has visto a Ian Westmoreland -comentó su jefe al notar que estaba muy tensa.

-Sí.

-Ya sabes que no es una investigación oficial, Brooke. Se trata de que te diviertas, pero si mientras tanto ves algo que te parezca interesante, nos lo haces saber.

-Eso no deja de ser espionaje.

-Sí, pero beneficia a Ian Westmoreland. Estás allí para ayudarlo, no para perjudicarlo.

-El no lo vería así. Mira, Malcolm, si veo algo te llamo. Si no, nos vemos dentro de dos semanas.

-De acuerdo. Cuídate.

Brooke colgó y guardó el teléfono en su bolso. Paseó por el salón y miró a su alrededor intentando dejar de pensar en Ian. El complejo vacacional estaba comunicado con el casino a través de ascensores, y los edificios habían sido construidos para que las personas que quisiesen correr o montar en bicicleta utilizasen los caminos que bordeaban el lago. Estaban a mediados de abril y el invierno había quedado atrás. La vista de las montañas era impresionante y, dadas las instalaciones que tenía a su disposición, era un lugar muy bonito.

Dio una vuelta por la habitación y se sintió contenta; era como un pequeño paraíso. Un lugar en el que disfrutar.

Tanto desde su habitación como desde el salón había una impresionante vista del lago Tahoe, desde donde podría ver la puesta de sol. Era un lugar para olvidarse de las preocupaciones, aunque para ella, el efecto estaba siendo el contrario.

Entró en el cuarto de baño, que era tan grande como el salón y parecía un pequeño balneario. Se dirigió hacia el jacuzzi, en el que cabían cuatro personas, y observó algo que había oído que tenían todos los cuartos de baño: una cascada que caía sobre una preciosa fuente.

Volvió a respirar profundamente. Estaba orgullosa de Ian y recordó las noches en las que había compartido con ella el sueño de dirigir un lugar como aquél.

Suspiró, tenía que dejar atrás el pasado. Pero los dos años que había estado con él habían sido los mejores de su vida.

Frunció el ceño. Cuatro años antes, Ian se había negado a escuchar lo que ella había querido decirle. No había querido reconocer que si el FBI no hubiese descubierto que Boris Knowles formaba parte del crimen organizado, se habrían investigado todos

sus negocios, incluido el que compartía con Ian.

Debería andar con pies de plomo mientras estuviese allí. Ian era inteligente y observador. Y no se fiaba de ella. Estaba segura de que la vigilaría.

A Brooke se le aceleró la respiración sólo de pensar en que Ian la observaría y poco después, sonrió. Luego rió. Lo dejaría que la vigilase y, al mismo tiempo, le haría ver lo que se había perdido desde que salió de su vida, cuatro años antes.

Ian miró el reloj de su oficina y decidió dejar de fingir que trabajaba. No era capaz de concentrarse.

No era la primera vez que se contenía para no echar un vistazo a lo que ocurría en el casino, con la esperanza de ver a Brooke con esa excusa. Era patético. Y Brooke iba a pasar allí dos semanas.

Tardó un minuto en darse cuenta de que su línea privada estaba parpadeando, y descolgó rápidamente el teléfono.

-¿Sí?

-¿Ian, cómo estás?

Sonrió al reconocer la voz de Tara, la esposa de su primo Thorm. Ella era pediatra, y él, un conocido fabricante y piloto de motocicletas.

-Estoy bien, Tara. ¿A qué debo el placer de esta llamada?

-A la fiesta de cumpleaños sorpresa de Delaney. Shelly y yo estamos terminando la lista de invitados y queríamos preguntarte algo.

Ian se apoyó en el respaldo de la silla. Le resultaba difícil creer que su prima Delaney fuese a cumplir treinta años. Su marido, el príncipe Jamal Ari Yasir quería celebrarlo por todo lo alto en el Rolling Cascade. Parecía que había sido ayer cuando él, sus hermanos y sus primos habían cuidado de la única mujer Westmoreland de su generación.

Delaney no se lo había puesto fácil, pero había acabado convirtiéndose en la princesa de un país llamado Tahran y en la madre del futuro rey. Y, por si fuese poco, estaba embarazada de su segundo hijo.

-¿A quién te gustaría incluir?

-A Brooke Chamberlain.

Ian se pasó una mano por la cara. La vida estaba llena de coincidencias. Sólo de oír su nombre, se sintió enfadado.

-¿Qué pasa con Brooke?

-Sé que a Delaney le encantaría volver a verla, pero queríamos preguntarte a ti antes de invitarla. No queremos ponerte en una situación incómoda. Sé lo que ocurrió en la boda de Dare y Shelly.

Ian dudaba que nadie supiese lo duro que había sido verla en la boda.

-Eh, no te preocupes por mí. Lo soportaré.

-¿Estás seguro?

-Sí, estoy seguro.

Decidió omitir que Brooke estaba en esos momentos en el casino.

-Superé lo de Brooke hace años -añadió Ian-. Ya no significa nada para mí.

Ian suspiró y deseó que eso fuera verdad.

Capítulo Dos

Desde donde estaba sentado, Ian podía observarlo todo, y vio cómo Brooke entraba en el Blue Lagoon Lounge. Normalmente, no se habría detenido a mirar a ninguna otra mujer atractiva. Pero en ese caso, no fue así. Brooke siempre había sido una mujer que había llamado la atención a los hombres y había despertado la envidia en las mujeres.

Ian respiró profundamente y frunció el ceño al comprobar que varios hombres la miraban con interés mientras atravesaba el bar con confianza, sofisticación y estilo. Pero lo que más lo molestaba era su propio interés. Y la manera en que iba vestida no le ponía las cosas fáciles. Estaba tan sexy…

Llevaba el pelo recogido en un moño, lo que permitía apreciar la gracia de su cuello y sus largas pestañas oscuras. Y se había pintado los labios de rojo.

Pero era el vestido negro en el que iba envuelta lo que sin duda había acaparado todas las miradas. Marcaba sus curvas y hacía evidentes sus largas piernas, ya que el corto vestido llevaba dos aberturas a los lados. Ian oyó cómo varios hombres se aclaraban la garganta mientras Brooke se sentaba en un taburete del bar y dejaba a la vista buena parte de sus muslos. Todavía no se había puesto cómoda cuando varios hombres se pusieron en pie dispuestos a acercarse a ella.

Ian dio un trago a su bebida. A no ser que Brooke hubiese cambiado mucho, los pobres tipos lo tenían difícil. Aunque probablemente le gustase que la miraran, como a todas las mujeres, no era de las que se dejaban engatusar. El había aprendido la lección el día que la había conocido y, desde entonces, no había vuelto a subestimarla como mujer.

Y después de haber llegado a conocerla mucho mejor, era el único hombre de los que la observaban esa noche que sabía las inseguridades con las que había vivido durante su juventud. Su padre y sus dos hermanos mayores habían formado lo que se conocía como la Banda de los Chamberlain y se habían dedicado a robar bancos hasta que el FBI había puesto fin a seis meses de asaltos.

Cuando Brooke era adolescente, se había trasladado a Atlanta con su madre para empezar de cero. Había sido entonces, en el instituto, cuando Brooke había decidido devolver la dignidad a su apellido trabajando para las fuerzas del orden.

Ian se centró en lo que ocurría en el bar y rió cuando vio que Brooke iba recibiendo a varios hombres, uno tras otro, con una sonrisa antes de rechazarlos educadamente. Él levantó su copa y, antes de dar otro trago, murmuró:

-A tu salud.

Brooke pensó que debía de haber luna llena y que todos los hombres lobos del lugar habían salido a rondar y la habían confundido con su presa.

¿A qué mujer no le gustaba sentirse atractiva? Pero algunos hombres pensaban que la belleza iba de la mano de la estupidez. Un hombre hasta le había propuesto que se convirtiese en su segunda esposa, a pesar de asegurar que seguía felizmente casado con la primera.

-Veo que no has perdido tus habilidades.

Brooke miró al hombre que acababa de sentarse a su lado.

-Gracias, lo tomaré como un cumplido -dijo, dándole un trago a su bebida, ya que la garganta se le había quedado repentinamente seca.

Intentó no temblar y, con el fin de controlarse, estudió su propia imagen en la copa que tenía en la mano. Tenía que evitar centrar su atención en Ian.

-Pensé que no volvería a verte esta noche -comentó él.

Brooke lo miró. Se había quitado el traje que llevaba para trabajar y se había puesto otro, también hecho a medida y que le sentaba muy bien. Ambos representaban su estatus como hombre de negocios.

-¿Por qué? -preguntó ella-. ¿Pensabas que iba a esconderme

después de haberte visto? Como ya te he dicho, no puedo pasarme la vida preocupándome por no encontrarme contigo, como si te hubiese hecho algo malo.

-Le costó la vida a un hombre.

-Sí -admitió ella fríamente-. Pero Boris Knowles tenía que haber considerado las consecuencias. Los hombres con los que trataba no eran aficionados, Ian. Formaban parte del crimen organizado. No intentes hacer que me sienta culpable.

-Pero si yo lo hubiese sabido…

-No habrías podido hacer nada. ¿Por qué no aceptas que Boris era culpable? Si te lo hubiese contado, no habría cambiado nada. Sólo te habría puesto en una situación en la que no tenías por qué estar.

Brooke no sabía qué mas decir para metérselo en la cabeza.

Lo oyó maldecir en voz baja y se dijo que había sido un error ir al bar, donde imaginaba que estaría Ian.

-Mira, es evidente que nunca estaremos de acuerdo con lo que ocurrió y con la razón por la que te oculté determinadas cosas. Estoy cansada de que pienses que soy la mala de la película.

Brooke se puso en pie y dejó un par de billetes en la barra.

-Hasta luego.

Ian volvió a jurar mientras la vio desaparecer por la puerta, dejando tras de sí su sensual aroma. Sintió ese dolor tan familiar que lo invadía cuando pensaba en su traición. Aunque las palabras de Brooke le recordaban lo que le había dicho Dare, que también había sido agente del FBI. El crimen organizado era algo serio y Boris había tomado sus propias decisiones.

Dare también había intentado hacer entender a Ian que Brooke había hecho un juramento de confidencialidad, y que si lo hubiese informado de lo que pasaba, tanto la vida de Brooke como la de otros agentes, podía haber estado en peligro.

A pesar de entenderlo, Ian seguía pensando que cuando dos personas estaban comprometidas, no podía haber secretos entre ellos. Para él, Brooke había elegido entre su trabajo o él. Eso era lo que más le dolía. Pero estaba de acuerdo en que no podía seguir haciendo que ella se sintiese mal, sobre todo después de lo que le había costado convertirse en agente del FBI. Habían rechazado su solicitud al puesto dos veces a causa de su historia familiar, y Dare,

que seguía teniendo contactos en el departamento, había tenido que escribir una carta de recomendación para ella.

Ian suspiró. Había llegado el momento de que Brooke y él hiciesen las paces. Aunque sabía que lo que había ocurrido hacía que no pudiesen volver a amarse como lo habían hecho, al menos podrían intentar ser amigos.

Brooke se quitó el vestido, enfadada. Ian Westmoreland era más terco que una mula. No se daba cuenta de que si, cuatro años antes, le hubiese contado en qué trabajaba, habría puesto su vida en peligro. No, él sólo pensaba en lo que le había ocurrido a un hombre que había engañado a su familia, a sus amigos y a sus socios.

Si quería mantenerse en esa postura, peor para él. Ella no iba a permitir que le amargase la existencia. Iba a pasar las dos siguientes semanas divirtiéndose, y él no podría impedírselo.

Se colocó un bikini, pensando en que un baño nocturno la haría sentir mejor. Siempre la había relajado nadar, y estaba considerando hacer construir una piscina en su casa de Washington. La cuestión era si tendría tiempo para disfrutarla. Faltaban unos meses para que cumpliera cinco años en el departamento, y tendría que decidir si quería seguir haciendo trabajo de campo o si prefería dedicarse a hacer trabajos administrativos. Su buen amigo y mentor, Dare Westmoreland, le había advertido de que el trabajo como agente podía cansarla, como le había ocurrido a él después de siete años.

Brooke se estaba poniendo un pareo cuando oyó que llamaban a la puerta. El servicio de habitaciones debía de haberse equivocado, pensó mientras cruzaba la habitación. Miró por la mirilla que había en la puerta y sintió que se le encogía el estómago. Era Ian.

Abrió la puerta, enfadada, y dijo:

-Mira, Ian, yo…

Antes de que pudiese terminar la frase, él le había puesto una rosa blanca en la mano.

-Vengo en son de paz, Brooke. Y tienes razón. Es hora de que dejemos atrás el pasado.

A Ian le dio un vuelco el corazón. No estaba preparado para ver a Brooke en traje de baño y con un minúsculo pareo atado a la

cintura que no la tapaba nada.

Sus pechos generosos y firmes casi se le salían de la parte de arriba del bikini, y seguía teniendo la cintura delgada y unas caderas bien delineadas que continuaban con el par de piernas más impresionantes que había visto nunca. Y sus pies… ¿Cómo había podido olvidarse de sus sensuales pies? Sólo llevaba unas sandalias planas de piel.

Su olor era femenino y provocador, el mismo que había impregnado el bar y que llenaba el aire que lo rodeaba. Ian casi no podía controlarse.

Suspiró e intentó concentrarse en otra cosa que no fuese su cuerpo ni su olor. Quiso mirar la rosa que le había dado, pero lo único que vio fue su ombligo, que solía ser una de las partes preferidas de su cuerpo. Recordaba que solía prestarle toda su atención antes de descender hasta…

-¿Ian?

El se aclaró la garganta. Maldita sea. Estaba allí para hacer las paces, no para hacer el amor con ella.

-¿Sí?

-Gracias por la rosa. Me alegro de que podamos seguir viviendo nuestras vidas, y espero que podamos ser amigos algún día.

-Yo también lo espero.

-Bien.

-¿Ibas a salir?

-Sí, iba a darme un baño. La piscina con la enorme cascada tiene muy buena pinta.

Ian asintió. Había pasado por allí hacía un minuto y se había dado cuenta de que había más hombres que mujeres. Entonces recordó que en esos momentos había una Convención de Electricistas en el Rolling Cascade. De los ochocientos asistentes, el ochenta por ciento eran hombres.

-Conozco otra piscina cien veces mejor.

-¿De verdad? ¿Dónde?

-En mi ático.

Brooke lo miró a los ojos y él imaginó lo que estaba pasando por su mente. Ian no tenía derecho a ponerse posesivo, ella ya no era suya. Pero eso no quería decir que no tuviese el instinto protector.

La tomó de la mano e intentó convencerla.

-Mira, sólo quería invitarte a que utilizases mi piscina privada. Además, así podrías contarme cómo te han ido las cosas en todo este tiempo. Pero si no quieres, no pasa nada.

Brooke se detuvo a reflexionar un- instante. Ian quería que volviesen a ser amigos, y nada más que amigos. Probablemente no sabía que ella solía preguntarle a Dare por él cuando hablaban por teléfono y que éste le había dicho que volvía a ser un mujeriego y que no tenía intenciones de casarse.

-Me encantará ir a tu piscina privada.

-De acuerdo. ¿Estás lista?

-Sí. Sólo tengo que buscar una toalla.

-No te molestes. Tengo muchas.

-De acuerdo.

Cerró la puerta detrás de ella, y mientras caminaba hacia el ascensor al lado de Ian, se dio cuenta de que la estaba observando. No quiso devolverle la mirada; si viese por un momento deseo en sus ojos, probablemente haría algo estúpido, como ceder a la atracción que siempre había existido entre ellos y pedirle que la besase. Aunque conociendo a Ian, seguro que la rechazaba.

-Bienvenida a mi guarida, Brooke Chamberlain.

Ian se hizo a un lado para dejarla entrar, y a Brooke se le cortó la respiración al descubrir la habitación. La vivienda estaba una planta más arriba que la oficina y se comunicaban a través de un ascensor privado.

A Brooke le dio la sensación de que entraba en el paraíso. Había imaginado que, como dueño del Rolling Cascade, viviría en un lugar bonito, pero su imaginación se había quedado corta. A Ian le gustaba la naturaleza y había numerosas plantas en los dos pisos del ático, que estaban comunicados por una escalera de caracol. Lo primero que apreció Brooke fueron los ventanales y los altos techos, al igual que los colores eclécticos de las paredes: una mezcla de rojo, amarillo, naranja, verde y azul. La sorprendió que los colores fuesen tan bien los unos con los otros. Para dar simetría al lugar había dos chimeneas blancas, encima de las cuales había sendos cuadros pintados a mano.

El diseño de los muebles parecía primar la comodidad y varias plantas tropicales daban a ciertas partes de la habitación un efecto de jardín.

-Venga, enséñamelo -dijo Brooke, tomándolo de la mano.

El calor de la fuerte mano de Ian hizo que Brooke se estremeciese. Intentó no pensar en lo expertas que eran esas manos y en cómo solía utilizar Ian su pulgar para recorrerle el cuerpo, empezando por los pechos y descendiendo después, y alternándolo en ocasiones con la lengua.

Su manera de tocarla la hacía ronronear, retorcerse y hacer todo tipo de sonidos. Y cuando llegaba a la altura del ombligo, el deseo consumía ya todo su cuerpo y la hacía susurrar su nombre como respuesta incontrolada a sus caricias.

-¿Estás bien? -preguntó Ian.

-Sí -respondió ella, saliendo de su ensimismamiento-, ¿por qué lo preguntas?

-Por nada.

Brooke se preguntó si, sin querer, habría hecho algún sonido que él había reconocido.

Las puertas tenían cristaleras y la espaciosa cocina, con una isla en medio, mostraba un buen uso del espacio. Se notaba en todas partes la mano de un decorador de interiores. Brooke pensó que era el ático más grande que había visto nunca, todavía más grande que su casa de Washington.

Ian le contó que el príncipe Jamal Ari Yasir era el principal inversor del complejo y que sus hermanos, Spencer y Jared, así como su primo Thorm, también habían invertido en el Rolling Cascade. Brooke siempre había apreciado el hecho de que los Westmoreland fuesen una familia unida.

Cuando le enseñó su dormitorio, Brooke pensó en las mujeres con las que compartiría esa cama, y sintió envidia. Pero se recordó rápidamente que la vida amorosa de Ian ya no era asunto suyo.

-¿Qué te parece?

-Estoy orgullosa de ti -contestó ella, levantando los ojos de la cama para mirarlo a él-. Y tienes la suerte de pertenecer a una familia que te apoya. Son estupendos.

-Tienes razón.

-¿Qué tal están tus padres?

-Bien. ¿Sabes que Storm se casó? -le preguntó, mientras empezaba a bajar las escaleras para dirigirse a la piscina.

-Sí. Parece mentira.

-Su esposa Jayla y él tienen gemelas y está encantado. Las adora.

-Y también he oído que tu tío Corey tenia trillizos.

-Cierto. Se enteró de que una antigua novia suya había tenido trillizos casi al mismo tiempo que se casaba con su esposa. Vive feliz en su montaña.

Brooke asintió. Había ido a su casa con Ian y sabía lo bonito que era aquel lugar.

-También me han dicho que Chase y Durango se han casado.

-Sí, con dos hermanas, Jessica y Savannah Claiborne. Durango y Savannah se casaron aquí. Veo que Dare te tiene bien informada.

-Sí. ¿Te molesta que sigamos en contacto?

-En absoluto. Dare te conoció mucho antes que yo. No pretendo que dejes de ser amiga suya porque lo nuestro no haya funcionado. Los Westmoreland no somos así. También sé que sigues siendo amiga de Delaney. Bueno, aquí estamos.

Aquello sí que era el paraíso. La piscina cubierta de Ian era enorme, había una cascada y varias plantas tropicales y, al lado, un gimnasio privado y una sala de juegos.

-¿Te gusta?

-Es preciosa. Tenías razón, es mucho mejor que las demás.

-Toma unas toallas. Se me ha olvidado preguntarte por tu madre.

-Está bien. El matrimonio le ha sentado fenomenal. Cuando papá vivía, a pesar de estar en la cárcel, siempre se negó a divorciarse, aunque se mereciese algo mejor.

-Me enteré de la muerte de tu padre, lo siento.

-Le faltaba poco para salir y provocó una pelea que costó su vida y la de otros internos.

-¿Y tus hermanos?

-Bien. Mamá sigue más en contacto con ellos que su propia madre biológica -comentó, refiriéndose a la primera esposa de su padre-. Yo les escribo cartas y he llevado a mamá a verlos. Creo que por fin han aprendido la lección y que no harán tonterías cuando les den la libertad provisional.

A Brooke le gustó que Ian le preguntase por su familia. Ella había querido a su padre y a sus hermanos a pesar de su pasado criminal. Y adoraba a su madre, que había tenido el coraje de dejar a su padre para darle a ella una mejor educación.

-¿Vas a darte un baño tú también? -preguntó a Ian.

-Esta noche no. Tengo que hacer un par de llamadas. ¿Te importa si te dejo sola?

-No, muchas gracias por prestarme tu piscina privada. Y… me ha gustado mucho charlar contigo.

-A mí también. Volveré dentro de una hora para acompañarte a tu habitación.

-De acuerdo.

Ian se marchó rápidamente, y Brooke se preguntó si le preocupaba verla en traje de baño.

Quizás no fuese tan fuerte como ella había pensado.

La posibilidad de que volviesen a sentirse atraídos el uno por el otro hizo que la recorriese una ola de calor. Se quitó el pareo y se zambulló en el agua.

A Ian le temblaba la mano mientras se servía una copa de vino. Necesitaba un trago. No sabía cómo había podido contenerse en varias ocasiones para no tomar a Brooke en sus brazos. Había sido duro estar a su lado y no poder hacer con ella lo que habría hecho en el pasado.

«Esto no es el pasado, sino el presente. Brooke sólo es una amiga», se dijo Ian.

Ian juró y, al mismo tiempo, sonó el teléfono de su línea privada.

-¿Dígame?

-Eh, ¿qué tal estás?

Era su primo Storm, con el que tenía una relación incluso más estrecha que con su gemelo, Quade. Y a Storm le ocurría lo mismo con su gemelo, Chase.

Quade trabajaba para los servicios secretos y la mayor parte del tiempo no sabían dónde estaba. Chase era el único que estaba al corriente de todo. Del mismo modo, Ian sabía que sólo Storm podía saber cuándo algo iba mal, por muy lejos que estuviese.

-¿Qué te hace pensar que no estoy bien? -preguntó él, sentándose en el sofá de cuero, desde donde podía ver la piscina.

-Te conozco y estoy preocupado por ti.

-¿Te preocupo?

Ian vio a Brooke salir de la piscina como si fuese una diosa y apartarse el pelo mojado de la cara. Aunque no era el pelo lo que

llamaba su atención, sino su perfecto cuerpo. Y ese bikini, que le sentaba tan bien. Sólo de pensar que él había acariciado ese cuerpo, que lo había lamido de arriba abajo y que le había hecho el amor, sintió un escalofrío.

-Maldita sea -murmuró Ian.

-Eh, tío. Dime algo. ¿Qué está pasando?

-Es Brooke. Está aquí. Ha venido a pasar dos semanas al Rolling Cascade, para descansar. Pero en estos momentos está dándose un baño en mi piscina. Estamos intentando dejar atrás el pasado.

-Estupendo. No me lo digas, estáis intentando dejar atrás el pasado y queréis ser amigos. Venga, Ian. ¿De verdad piensas que puedes ser amigo de la única mujer que ha conseguido llegarte al corazón?

-Por supuesto. Hace años que ya no estoy enamorado de ella.

-Eso es lo que dices.

-Y lo digo en serio. Buenas noches, Storm.

Capítulo Tres

Ian se puso en pie y se dirigió al ventanal que daba al lago Tahoe.

Al volver a abrir el casino después de gastar mucho dinero en su reforma, le había dado algo más que un nuevo nombre y una nueva imagen, le había dado una nueva actitud. Había sabido combinar el encanto del paisaje de Nevada con la grandeza de un casino de talla mundial y le había añadido una vida nocturna que atraía a la clientela más sofisticada.

Su ático tenía las mejores vistas al lago y estaba separado de los alojamientos de los clientes, de las tiendas y restaurantes, de los campos de golf y de tenis. Su vivienda era como su santuario privado pero, desde que había ido a vivir allí, nueve meses antes, no había tenido mucho tiempo para pensar en su vida privada y no había invitado a ninguna mujer, salvo a las de su familia y a Brooke. «Brooke».

Oyó cómo se tiraba a la piscina y sonrió. Por alguna razón, le gustaba saber que estaba allí, aunque lo más que podrían volver a tener fuese una amistad.

Después de hacer varios largos y chapotear, Brooke se sintió rejuvenecida y exhausta al mismo tiempo. Decidió salir a descansar en un banco acolchado que había en el borde. Se tumbó de espaldas y miró el techo. Sólo conseguía pensar en los ojos oscuros de Ian y en cómo la había mirado antes de marcharse. Intentaba distanciarse de él y, a pesar de no haberle contado la verdadera razón de su estancia allí, no podía evitar sentirse atraída por él. Los instintos básicos eran eso, básicos.

Se puso boca abajo e intentó concentrarse en las plantas que la rodeaban, pero no consiguió olvidarse de Ian. Cerró los ojos y recordó los tiempos en los que él recorría sus pechos con la boca, le

chupaba los pezones y, al mismo tiempo, introducía la mano por debajo de sus panties.

Ian no sabía cuánto tiempo había pasado mirando el lago. Al día siguiente tenía mucho trabajo. Tenía que reunirse con Nolen McIntosh, el gerente del casino, con Vance y con Danielle, la jefa de relaciones públicas. También tenia que revisar los detalles de la fiesta de Delaney. Tardó un minuto en darse cuenta de que no oía ningún ruido de la piscina. Dejó la copa de vino y se dirigió a donde había dejado a Brooke casi una hora antes.

La vio tumbada en el banco que había al borde de la piscina, dormida. Y sintió que un cúmulo de emociones lo invadía. Hacía años que Brooke no dormía en su casa. Recordó la última discusión que habían tenido. Ella había intentado explicarse, pero él no la había escuchado. No había querido volver a verla ni hablar con ella.

¿Por qué había permitido que invadiese su espacio privado?

Ella gimió en sueños y él se acercó más y recorrió su cuerpo con la mirada. Su piel parecía suave y cálida al tacto. Quería acariciar sus muslos y pasar los labios por sus pechos.

Suspiró. Era normal que sintiese deseo por ella. En otra época, la habría despertado haciéndole el amor. Pero en ese momento las cosas eran diferentes. Ya no tenían ese tipo de relación.

Pensando en eso, tomó una toalla y la tapó con cuidado. No quería despertarla. La dejaría descansar, pero quería estar allí cuando se despertase. Quizás fuese una tortura, pero solía encantarle verla amanecer y la manera en que lo miraba nada más despertarse, que hacía que se excitase como ninguna otra mujer podía conseguirlo.

Se quitó la chaqueta, la dobló y la colocó en el respaldo de un sofá antes de instalarse en una silla de mimbre.

Volvió a recordar el día que se habían conocido, seis años antes. Desde aquel día, su vida no había vuelto a ser la misma.

Brooke se despertó poco a poco de un sueño profundo. No había nada como un baño para relajar todos sus músculos, y eso le hizo recordar dónde estaba y por qué olía al perfume de un hombre al que conocía muy bien.

Abrió los ojos despacio y su mirada se cruzó inmediatamente con la de Ian. Estaba sentado al otro lado de la habitación y estaba

un poco despeinado, se había desabrochado un par de botones de la camisa y se había remangado. Tenía las piernas estiradas y los pantalones se pegaban contra sus muslos.

Brooke sintió que un escalofrío de deseo la recorría. Se dio cuenta de que estaba tapada con una toalla y una ola de calor le invadió el cuerpo al ver a Ian tan cerca de ella.

Quería sentarse, estirar las piernas y disculparse por haberse quedado dormida. Pero no podía moverse; casi no podía ni respirar. La mirada de Ian la había dejado inmóvil y le hacía recordar tiempos más felices, llenos de pasión. Se preguntó si él estaría pensando en lo mismo.

Todo su cuerpo reaccionaba ante la presencia de ese hombre que no era un hombre cualquiera. Ian había sido el hombre que le había enseñado los placeres que podía compartir una pareja. Solía despertarla por las mañanas acariciándola y besándola; el hombre que, además de ser un amante sin igual, había sido su confidente y su mejor amigo.

El se levantó y caminó hacia ella; no podía ocultar la prueba reveladora de lo mucho que la deseaba. El bulto que había a la altura de la bragueta de sus pantalones no podía mentir. El cuerpo de Brooke respondió al instante reconociendo la química sexual que emanaba de Ian.

Ella se sentó y estiró las piernas. No podía evitar preguntarse en qué estaría pensando él, aunque se lo imaginaba. Conocía esa manera de mirarla. Todavía había entre ellos muchas cosas pendientes. Aunque ya nada volvería a ser como antes.

En el fondo, a Brooke le hubiese gustado poder sacarlo de su corazón como él había hecho con ella. Quizás siguiese deseándola, pero sabía que ya no la amaba. Aunque eso era lo de menos en esos momentos. Lo que quería era sentir su cuerpo y sus brazos alrededor de su cuerpo y su boca pega da a la piel.

Ian se detuvo delante de ella y, bajo la luz de la luna, su piel oscura contrastó todavía más con la camisa blanca que llevaba puesta.

Brooke se puso de pie y oyó que él dejaba escapar un leve gemido. Sabía que estaba luchando para resistirse. Pero cuando se le acercó más, supo que había cedido a la tentación. El deseo era más fuerte que el sentido común. Sus bocas se unieron y sus lenguas

se tocaron y Brooke sintió que perdía el control.

Ian besó a Brooke con gran pericia. Lo necesitaba. Cuatro años no habían sido suficientes para acabar con el anhelo, pero quizás ése fuese el mejor modo de acabar con él. No obstante, cuanto más la besaba, más perdía el control y más quería de ella. Deseaba volver a tumbarla en el banco, quitarle el bikini y hacerla suya.

Suya de nuevo.

Eso le hizo levantar la cabeza bruscamente; sabía que eso era lo último que quería. Nada podría volver a ser lo mismo. La había amado mucho, pero, intencionadamente o no, ella había destruido ese amor.

Recorrió su cuerpo con la mirada y se dijo que podía volver a desearla, pero no volvería a quererla.

-Te acompañaré a tu habitación.

Brooke asintió, se envolvió en una toalla y lo siguió hasta su ascensor privado.

-No he querido abusar de tu hospitalidad -consiguió decir ella finalmente.

-No lo has hecho.

Brooke no podía creerlo. Sabía que Ian era un hombre que no perdonaba ni olvidaba fácilmente. Había dicho que quería que fuesen amigos, pero ella se preguntaba si él sería capaz de soportarlo. Brooke abrió la boca para decir algo y luego volvió a cerrarla. Lo más probable era que Ian guardase las distancias durante el resto de su estancia allí.

Brooke abrió la puerta de su habitación e imaginó que Ian se despediría allí de ella, pero la sorprendió tomándole la mano y entrando con ella.

-Hay cámaras escondidas en los pasillos -murmuró antes de abrazarla y volver a besarla. Momentos después, los labios de Ian recorrían su cuello y Brooke sentía un escalofrío por todo el cuerpo.

-¿Quieres venir a navegar conmigo mañana, Brooke?

-¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? -preguntó ella, sorprendida.

Ian guardó silencio un momento y la miró fijamente a los ojos.

-Sí, estoy seguro. Estoy empezando a darme cuenta de algo, Brooke.

-¿De qué? -inquirió ella, tragando saliva con dificultad.

-De que no va a ser tan fácil como yo pensaba que me olvide de lo que compartimos.

-¿Qué quieres decir?

-Que nunca podremos ser amigos. Y como no podemos seguir así, lo mejor es poner un punto final a lo nuestro.

Ella sabía que Ian tenía razón, aunque le dolió escucharlo de su boca.

-¿Qué sugieres que hagamos? ¿Quieres que me marche? -preguntó ella, sabiendo que eso no era posible.

-No. Lo que quiero es que salgas para siempre de mi vida. Y sé cómo conseguirlo. Sólo hay una forma.

Brooke suspiró. Sabía de lo que hablaba Ian, pero eso sólo haría que ella lo necesitase todavía más.

-No funcionará.

-Confía en mí.

Brooke levantó la barbilla y lo miró.

-Quizás funcione para ti, pero no para mí.

-Me encantará demostrarte que estás equivocada, Brooke. Los dos sentimos deseo y anhelo y recordamos cómo eran las cosas antes, las noches que pasábamos haciendo el amor.

-Ian.

-Y cómo lo hacíamos en el suelo, en el sofá y cómo yo te daba todo lo que necesitabas. Y tú…

-Para ya, Ian -protestó ella, apartándose de su lado-. No permitiré que ocurra lo que estas sugiriendo.

-De acuerdo. Te recogeré al mediodía para ir a navegar.

Ian se dio media vuelta y salió de la habitación. Ella se dirigió al cuarto de baño. Necesitaba una ducha. A pesar de que debía oler a cloro, de la piscina, olía a él. Tenía que hacerle saber que había cambiado de opinión con respecto a ir a navegar con él.

Quizás a Ian le gustase la idea de jugar con fuego, pero a ella, no.

Capítulo Cuatro

-Tenemos razones para creer que uno de los clientes está fumando en su habitación -comentó Joanne Sutherlin, la gerente del complejo, a los empleados que había sentados alrededor de la mesa.

-Todavía no hemos podido encontrar ninguna prueba, pero la señora de la limpieza dice que huele a tabaco, aunque el cliente intenta disimular el olor con colonia. Si conseguimos probarlo, podremos echarlo del hotel -añadió.

Todos asintieron. Sabían que Ian era muy estricto con las normas y que estaba prohibido fumar en el Rolling Cascade.

Después hablaron de las actividades de ocio. Mariah Carey iría dos semanas en junio; Michael MacDonald, en septiembre; y Phil Collins, en diciembre. Smokey Robinson empezaría esa misma noche con sus actuaciones y ya se habían vendido todas las entradas para las dos semanas de conciertos que iba a dar.

Nolan, el gerente del casino comentó que la seguridad lo había alertado de que un par de prostitutas habían intentado vender su mercancía en el casino. Aunque en Nevada la prostitución era legal, sólo se permitía en burdeles con licencia. E Ian se había comprometido a mantener el Rolling Cascade limpio de prostitutas.

-Nos estamos ocupando de ello -le aseguró Nolan.

Ian asintió; eso era exactamente lo que quería oír. Se miró el reloj. Había pedido que le preparasen una cesta con el almuerzo y le había dejado un mensaje a Brooke diciéndole que pasaría a recogerla a medio día y que estaba deseando ir a navegar con ella.

Recordó su conversación de la noche anterior. Había salido de la habitación sin mirar atrás deliberadamente. Asumir que había herido el orgullo de Brooke era demasiado, no había hecho nada más que confrontarla. Era demasiado tarde para juegos. Sabía lo

que ambos necesitaban igual que ella. Tenían que conseguir sacarse el uno al otro de sus cabezas, si no, siempre estarían unidos por esa especie de tira y afloja emocional.

Se le puso la carne de gallina al pensar en la tarde que había planeado, y sonrió. A pesar de que Brooke era una mujer dura, cuando la tuviese en su barco y la hiciese recordar todas esas cosas que ella quería olvidar, el día terminaría como los dos deseaban en realidad.

Una hora más tarde, cuando terminó la reunión, sintió que empezaba a acelerársele el pulso. Se dirigió rápidamente a su ático para cambiarse de ropa.

-¿Señor Westmoreland? -lo llamó Cassie, una joven que trabajaba en las oficinas del complejo.

-¿Sí?

-Le han dejado un mensaje esta mañana.

-Gracias -dijo, tomando el sobre que le traía. Lo abrió y sacó la nota que había dentro: *He cambiado de opinión con respecto a ir a navegar contigo. Brooke.*

Ian frunció el ceño. Si Brooke creía que se iba a dar por vencido tan fácilmente, estaba equivocada.

-¿Quiere que haga algo, señor?

Levantó la mirada y se dio cuenta de que Cassie seguía allí. Lo miraba con deseo, e Ian sabía reconocer un comentario insinuante cuando lo oía. Recordó lo que sabía de ella. Tenía un título de gestión hotelera y acababa de salir de la universidad. Ian había decidido hacía mucho tiempo que no tendría relaciones con sus empleadas. Como trabajaba tanto, llevaba casi un año sin dormir con nadie. Y la mujer a la que más deseaba acababa de anular su cita.

Brooke observó la ropa que había colocado encima de la cama. Toda era adecuada para aquella tarde, pero no sabía qué ponerse.

Se habría puesto los pantalones capri si hubiese ido a navegar con Ian. Tenían más estilo que los pantalones cortos de algodón. Pero con los pantalones cortos estaría más cómoda para ir de compras. Se disponía a colgar la ropa en el armario cuando oyó que llamaban a la puerta. Se preguntó si sería la señora de la limpieza, que no había pasado antes porque ella había decidido desayunar allí.

Brooke no quería aceptar que era una cobarde, pero lo cierto era que se había quedado allí porque no quería encontrarse con Ian. Necesitaba distanciarse de él al menos un par de días para reflexionar acerca de lo que él le había sugerido. Mientras tanto, disfrutaría del complejo. Necesitaba descansar.

Miró por la mirilla y le dio un vuelco el corazón. Era Ian. ¿Acaso no le habrían dado su mensaje?

Abrió la puerta y se lo encontró vestido de sport, con unos pantalones caquis y un polo azul. Llevaba en la mano una cesta con comida. Ya se le había olvidado lo guapo que estaba con ropa informal.

-¿Estás preparada? -le preguntó.

-¿No te han dado mi mensaje?

-Sí. Pero he supuesto que había un error -confesó él, entrando en la habitación sin que lo invitasen.

-Pues has supuesto mal. No quiero ir a navegar contigo.

Ian dejó la cesta encima de una mesa, cruzó los brazos y la interrogó:

-¿Por qué? ¿Te da miedo estar a solas conmigo?

-No. Sólo intento ser cauta.

-¿Y por qué piensas que tienes que ponerte en guardia, Brooke?

¡Cómo podía preguntarle eso!

-Conozco tu juego, Ian.

-¿Qué juego?

-Tu juego de seducción.

-Si lo conoces, ¿por qué te preocupa tanto pasar tiempo conmigo? Antes sabías cómo tratarme. O al menos pensabas que lo sabías.

-Claro que sabía cómo tratarte. Te demostré que no era como esas estúpidas con las que solías salir. Además, tus tretas no van a funcionar conmigo.

-¿Por qué no? Siempre han funcionado hasta ahora.

-¿Que siempre han funcionado? Eso lo veremos. Estaré lista en cinco minutos.

-¿Necesitas ayuda para vestirte?

-No, gracias. Además, si mal no recuerdo, en lo que eras experto era en desnudarme.

Brooke cerró la puerta del dormitorio de un portazo e Ian no

pudo evitar sonreír. Ella tenía razón. Parecía que iba a tener que cambiar su estrategia, pero estaba seguro de que acabaría saliéndose con la suya.

Hacía un día precioso para navegar. La última vez que Brooke había montado en barco había sido hacía un par de años, cuando Malcolm había intentado liarla con un amigo suyo. Habían ido dos parejas, pero el amigo de Malcolm y ella no tenían nada en común y se había pasado todo el tiempo comparándolo con Ian. Afortunadamente para ella, su cita se había mareado y habían tenido que volver a tierra firme antes de lo planeado. -¿En qué piensas?

Las palabras de Ian la hicieron salir de sus pensamientos. Lo miró y deseó inmediatamente no haberlo hecho. Estaba muy sexy en el papel de capitán de barco. Intentó concentrarse en el barco, que Ian le había dicho que pertenecía al casino.

-Es un barco muy bonito, Ian.

Lo conducía por el lago Tahoe con soltura, lo que había sorprendido a Brooke. Además de hacer un día perfecto para navegar, hasta el momento Ian se estaba comportando como un caballero.

La comida había sido simple pero deliciosa: sándwiches de jamón y queso, patatas fritas, vino y un pastel de queso. Le había encantado compartirla con él.

Ian le contó cómo se habían conocido Stone y su esposa, en un avión. Y le habló de los tres hijos de su tío Corey: Clint, Cole y Casey.

-Casey te caería bien. Sus hermanos intentan espantarle los pretendientes como hacíamos nosotros con Delaney.

Brooke miró hacia el cielo y respiró el aire puro del mes de abril. Se alegró de haber ido, era justo lo que necesitaba. Si se hubiese quedado en el complejo se habría pasado el día gastando dinero.

-Supongo que debió de ser duro para ellos descubrir, ya de adultos, que su padre vivía, que no estaba muerto.

-Sí. Clint y Cole lo llevan mejor que Casey. Cuando se enteró de que su madre la había mentido durante todos esos años se sintió muy herida.

Ian sorprendió a Brooke sentándose a su lado.

-Ya hemos hablado suficientemente de mis primos, ha llegado la hora de jugar -anunció Ian.

Brooke se dijo que había pensado demasiado pronto que era un caballero.

-¿A qué quieres que juguemos?

-Te estuve observando la otra noche, cuando estabas sentada a la mesa de black jack.

-¿Y?

-Juegas fatal.

Brooke se echó a reír. La conversación no iba por donde ella había pensado, pero tenía que darle la razón a Ian.

-¿Vas a darme un par de lecciones?

El asintió y sacó una baraja de cartas.

-Me parece justo. No quiero que pierdas todo tu dinero en el casino. Así que presta mucha atención.

Pasaron la siguiente hora jugando a las cartas.

-Lo he pasado muy bien, Ian -admitió Brooke cuando volvieron a tierra y mientras la acompañaba a su habitación.

-Entonces, ven conmigo a una actuación esta noche -propuso él, tomándole la mano.

-¿Una actuación?

-Es la presentación de Smokey Robinson.

-¿Smokey Robinson? Creo que es el único hombre al que ha querido mi madre además de mi padre.

-Entonces tendrás que ir por ella.

-De acuerdo, iré.

-Te recogeré a eso de las diez.

-¿No prefieres que nos encontremos en algún lugar?

No quería. Si se ponía tan guapa como la noche anterior, no le apetecía que se pasease por el hall ella sola.

-No, no me cuesta nada pasarme por aquí.

-De acuerdo.

Se quedaron allí un minuto, mirándose el uno al otro.

-¿Quieres entrar un momento? -lo invitó Brooke.

Ian sabía que si entraba, no sería para un momento. La clave estaba en tener paciencia. Aunque no había llevado a cabo su plan inicial, lo había pasado muy bien con ella. Y ya tendría otras oportunidades. Estaba seguro.

-No, tengo que hacer un par de cosas. Pero espero que vuelvas a invitarme esta noche después del espectáculo:

-Lo pensaré -dijo ella, sonriendo.

La sala estaba llena de gente. Todo el mundo tenía la mirada puesta en el hombre que ocupaba el centro del escenario y que cantaba The Tracks of My Tears. Su voz de tenor era su carta de visita y la letra tenía significado. Toda la sala se llenó de amor y romance.

Después hizo un popurrí de canciones y, cuando empezó a cantar *Oh Baby, Baby*, Brooke miró a Ian, y descubrió que él también la estaba mirando. ¿Estarían pensando en lo mismo? Que ambos habían cometido errores en su relación, ¿o le seguiría echando a ella la culpa de todo?

Brooke estaba tan perdida en sus pensamientos que se sorprendió cuando todo el mundo se levanto a ovacionar a Smokey Robinson. Momentos después llegó el número final con *Going to a Go-Go* y toda la sala se puso a bailar. Las parejas de más edad salieron a la pista a recordar viejos tiempos. Brooke no pudo evitar acordarse de su madre bailando al son de esa canción cuando ella era pequeña.

-¿Quieres bailar? -le preguntó Ian.

Vio la duda en los ojos de Brooke, y añadió:

-No tenemos nada que perder.

-Quizás parte de nuestra cara; mira cómo mueven los codos.

Ian rió, y a Brooke le dio nostalgia esa risa y recordó los tiempos en los que salían juntos a bailar, de fiesta y a divertirse. Si alguien le hubiese dicho dos días antes que iban a ser capaces de dejar a un lado el resentimiento para pasar una velada juntos, no lo habría creído. Los dos habían sufrido demasiado.

Ian se acercó a ella y la tomó de la mano.

-Vamos. Enseñemos a esos vejestorios cómo se baila.

Segundos más tarde estaban en la pista moviendo el cuerpo como todos los demás. Ian ya la había piropeado al principio de la noche por la elección de su vestuario: un vestido corto de seda color chocolate que le permitía toda la movilidad que necesitaba para bailar.

Brooke no recordaba la última vez que había ido a bailar, que se había dejado llevar por la música y se había sentido libre. Sólo con Ian 1ograba sentirse así.

Cuando terminó la música Ian la echó hacia él, y le dijo:

-Ven, quiero enseñarte algo.

Brooke sabía que debía preguntarle qué era eso que quería enseñarle y adónde la llevaba. Pero no lo hizo.

Intentó no ponerse nerviosa mientras subían en el ascensor privado de Ian. Él estaba frente a ella, guapísimo con uno de sus trajes a medida. La miró y un escalofrío recorrió el cuerpo de Brooke, que estaba haciendo todo lo posible para no sucumbir.

-¿Adónde me llevas? -preguntó ella mientras iban hacia el ático.

-Ten paciencia.

Lo único que sabía Brooke era que estaban en la zona privada de Ian y que ya habían pasado el octavo piso.

El ascensor se detuvo. Brooke tenía que admitir que Ian le había despertado la curiosidad. La curiosidad, y algo más. Estar encerrada en un ascensor con él no había sido buena idea. Brooke necesitaba una ducha de agua fría. Se abrieron las puertas y lo siguió fuera.

Ian la había llevado a su invernadero privado. Desde allí se veía todo. Era una bonita noche de abril, el cielo estaba estrellado y había media luna.

Aquel lugar era ideal para crear un refugio acogedor y relajante. Las luces eran tenues y los muebles, de ratán, eran piezas únicas. El sofá y las sillas invitaban a sentarse y el resto, una mesa de café, una mesita y un reposapiés, hacían que el lugar fuese todavía más espectacular. Todo en la habitación era harmonioso, hasta el hombre que Brooke tenía a su lado.

-¿Qué te parece?

Era evidente que estaba impresionada. Ian no dejaba de sorprenderla, a pesar de que sabía que era un hombre inteligente, que había estudiado física en la Universidad de Yale. Había trabajado un año para la NASA, pero había vuelto a casa cuando su abuelo había fallecido. Como quería estar cerca de su familia, había trabajado para una empresa de investigación en Atlanta, donde empezó a atraerle el mundo de los casinos. Para él, las probabilidades científicas eran la base de las apuestas, no la suerte. Afortunadamente, las ciencias eran su fuerte.

-Es un lugar precioso, Ian. Y los muebles y las plantas realzan su belleza.

Ian asintió. Él pensaba exactamente lo mismo. Siempre le había

gustado mirar el cielo por la noche, y la astronomía era uno de sus principales entretenimientos.

-Ven aquí -dijo, tomándole la mano y llevándola hasta un enorme telescopio.

Brooke observó el cielo y sonrió al ver pasar una estrella fugaz. Se irguió al notar el calor de Ian detrás de ella, tan cerca, que podía sentir su aliento en la nuca.

-¿Vienes aquí a menudo? -consiguió preguntarle por fin.

-Cuándo necesito un poco de tranquilidad o simplemente pensar.

Ian sabía que nunca le diría que solía pensar en ella cuando estaba allí, que era en el único lugar en el que se permitía recordar el amor que habían compartido.

Brooke había sido su estrella, que había brillado hasta cuando el cielo estaba nublado y las nubes grises amenazaban con tormenta. Siempre había sido su sol después de un temporal.

No le había sido fácil pasar de ser científico a propietario de un casino, pero ella lo había animado, al igual que su familia, a que persiguiese su sueño. Brooke también había estado a su lado cuando compró el Delta Princess.

Ian suspiró. Tenía que sacarse a Brooke de la cabeza. Se estremecía sólo de pensar en volver a tenerla en su cama por última vez. Pero no hubiese sido justo abalanzarse sobre ella, aunque fuese lo que los dos estaban necesitando.

Tenía que ser paciente.

Brooke señaló el cielo para intentar olvidarse de las sensaciones que estaba experimentando su cuerpo con la cercanía del de Ian.

-Mira esa estrella.

Ian sonrió y la agarró por la cintura, acercándose todavía más a ella.

-Siento decepcionarte, pero es un satélite.

A Brooke le dio un vuelco el corazón al sentir su pecho pegado a su espalda y, no sólo el pecho, también sintió la erección que se endurecía cada vez más debajo de sus pantalones. Brooke no sabía cómo distender la situación, aunque imaginaba que Ian tenía sus propias ideas de cómo solucionar el problema.

Decidió que lo mejor sería sugerir que volviesen al hall, pero darse la vuelta y ponerse frente a él fue un error. Al mirarlo a los ojos, se olvidó de todo lo demás.

Él le acarició la barbilla y ella sintió un escalofrío. Ian acercó su rostro al de ella que, teniéndolo tan cerca bajo el cielo estrellado, se dio cuenta de que todavía seguía amándolo.

-¿Sabes lo que significa un par de besos bajo una estrella fugaz? -le preguntó él.

-No, ¿qué significa?

-De acuerdo con la mitología griega, Zeus ofrece a la pareja el don de la pasión incontrolable.

¿Pasión incontrolable? Brooke tragó saliva y pensó que ya debían de haberse besado antes bajo una estrella fugaz.

-Entonces será mejor que no nos besemos -comentó ella.

-No estoy de acuerdo. Un poco de pasión de vez en cuando no es nada malo.

Brooke cerró los ojos cuando sus labios se tocaron y pensó que no había nada como que la besasen a la luz de la luna, sobre todo si el que la besaba era el hombre al que amaba.

Siempre le había gustado que Ian la besase, y la manera con la que su lengua la acariciaba estaba haciendo que se derritiese. Sintió calor entre las piernas y esa excitación que sólo él era capaz de despertar así.

Era como si la habitación estuviese empezando a dar vueltas, y Brooke se agarró con fuerza a sus hombros.

Cuando Ian se apartó de ella, Brooke casi no podía respirar, y, a pesar de que intentó contenerlo, se le escapó un gemido de placer. Sintió su erección contra las piernas y supo lo que quería su cuerpo.

Él continuó encendiéndola al pasarle la mano por el brazo, los hombros, y besarla suavemente alrededor de la nariz y de la boca.

-Tengo que irme a la ciudad un par de días -anunció Ian.

-¿Qué?

-Tengo que irme mañana por la mañana a Memphis para cerrar la venta del barco. Estaré fuera dos días.

-Oh.

Brooke intentó ocultar su decepción, pero aparentemente, no fue capaz, porque él le preguntó:

-¿Vas a echarme de menos?

Ella sonrió. Claro que sí, pero la separación la ayudaría a volver a pensar con la cabeza.

-En absoluto -bromeó Brooke.

-Entonces… quizás debiera darte una razón para que me eches en falta y estés deseando que vuelva.

Antes de que Brooke pudiese darse cuenta, Ian la tenia en sus brazos.

Capítulo Cinco

El sofá no estaba lejos, afortunadamente para Ian, ya que su estado de excitación iba a romperle los pantalones. Sólo ella podía ponerlo así con tanta rapidez y hacer que desease arrancarle la ropa y hacérselo allí mismo, en ese momento.

Aunque con Brooke, nunca se había limitado a hacerlo, siempre se había implicado también emocionalmente. Nunca habían tenido sexo, siempre habían hecho el amor. E incluso en ese momento, en el que lo que quería era sacarla de su vida para siempre, sabía que significaría algo.

Ése era el quid de la cuestión.

Aunque Ian no quería reconocerlo, sabía que si hacía el amor con ella, todavía le calaría más hondo. A pesar de que eso lo desconcertaba, seguía deseándola como no había deseado a nadie desde hacía cuatro años. Necesitaba «hacerlo», igual que el día anterior, pero sólo con esa mujer.

Se tumbó en el sofá con Brooke en sus brazos y la besó intensamente. El pulso le latía a toda velocidad y las manos recorrían todo su cuerpo, sobre todo por debajo del vestido.

En menos de cinco segundos, había llegado al lugar que había entre sus piernas. Era una locura. Era lo habitual entre Ian y Brooke.

Siempre se habían excitado el uno al otro y eso no había cambiado. Estaban actuando espontáneamente. Cuando sus cuerpos se unían, sólo tenía que pensar en un orgasmo para tenerlo.

Ian vio en los ojos de Brooke que ella lo deseaba tanto como él, pero necesitaba oírselo decir. Antes de ir más lejos, tenía que saber que ella no se arrepentiría después.

-¿Brooke?

A ella el modo en que Ian dijo su nombre la excitó todavía más. Sabía lo que él quería. También sabía lo que le estaba preguntando y, en esos momentos, no podía negarle nada. Llevaba cuatro años de abstinencia y no podía más. Lo único que sabía era que lo deseaba.

-No consigo entender por qué esto es tan intenso -murmuró Brooke con sinceridad.

-Deja que te lo explique sin palabras.

Volvió a besarla y se deslizó hacia el borde del sofá. Cambió de postura y colocó las piernas de Brooke alrededor de su cintura. Ella llevaba el vestido subido hasta las caderas y sintió su erección contra su propio sexo. Ya no había marcha atrás.

Brooke sintió una ola de calor cuando Ian le quitó el vestido. Dejó de besarla y centró toda la atención en sus pechos desnudos. No llevaba sujetador. Ian agarró un pezón con la boca y ella supo que aquello era sólo el principio.

-Ian.

Él se retiró; ya volvería a los pechos más tarde. Sabía lo que los dos necesitaban en ese momento. Se puso en pie con Brooke en brazos y, en ese preciso instante, sonó su teléfono móvil.

-Maldita sea -mascullló, sacando el teléfono del bolsillo de la chaqueta-. ¿Qué pasa?

-Tenemos una pelea doméstica -anunció su jefe de seguridad-. Uno de los electricistas ha recibido la visita sorpresa de su esposa.

-¿Y?

-Lo ha pillado en la cama con… otro electricista. Otro hombre.

-¿Qué?

-Lo que has oído. Y la mujer está histérica.

Ian se pasó la mano por la cara. Era normal que estuviese histérica.

-Continúa. Estoy seguro de que hay algo más.

-Sí. Ha amenazado con demandar a todo el mundo: al gremio, a la compañía aérea que los trajo aquí y al casino por permitir semejante conducta.

A Ian no le gustaba la palabra «demandar».

-¿Dónde estás tú?

-En el cuarto piso. Voy para allá.

Colgó el teléfono y miró a Brooke, que estaba muy sexy

despeinada y con los labios inflamados por sus besos.
-Tengo que irme -dijo a regañadientes, poniéndose la chaqueta.
-Lo entiendo, la obligación te llama.
-Gracias.
Como ya eran las dos de la mañana e iba a tardar un buen rato en aclarar la situación, sabía que no la vería hasta dos días más tarde.
-Pásatelo bien mientras estoy en Memphis -añadió.
-Lo haré.
-Pero no demasiado.
-De acuerdo.
Ian pensó en invitarla a ir con él a Memphis, pero apartó rápidamente la idea de su cabeza.
-¿Cenarás conmigo cuando vuelva?
Sabía que era mejor preguntárselo en ese momento. Le daba la sensación de que una separación de dos días haría que Brooke se plantease que lo que había ocurrido esa noche había sido un error. Y él no quería que eso ocurriese.
-Ian, yo…
-No Brooke -la interrumpió con un beso-. Al menos hemos de terminar lo que hemos empezado.
-¿Eso piensas?
-Sí -dijo él, volviendo a besarla.
-De acuerdo.
-Voy a acompañarte hasta tu suite.
-No hace falta. Hay un problema que requiere tu atención inmediatamente. Además, creo que voy a ir un rato a jugar al black jack.
-De acuerdo.
-Que tengas buen viaje, Ian.
-Gracias.
Cuando el ascensor llegó a la planta baja, Ian la soltó de su abrazo y un sentimiento de pérdida le recorrió todo el cuerpo.
-No te olvides de la cena del viernes.
-No te preocupes.
-En mi ático. A las siete en punto.
Ella asintió y siguió mirándolo hasta que se cerraron las puertas del ascensor.

Brooke se sentó a tomar un café y pensó en la conversación que había mantenido con Tara Westmoreland esa misma mañana. Tara era la mejor amiga de Delaney y estaba casada con el hermano de ésta, Thorm Westmoreland. La había invitado a la fiesta sorpresa que estaban preparando para celebrar el treinta cumpleaños de Delaney al fin de semana siguiente en el Rolling Cascade.

A Brooke le sorprendió que Ian no le hubiese comentado nada. Quizás no quisiera que ella asistiera. Recordó lo tensa que había sido la situación en la boda de Dare y Shelly. Por aquel entonces la relación entre ellos estaba muy mal, mientras que, en ese momento, aunque no volvían a estar juntos, al menos volvían a hablarse… y a besarse. No obstante, quizás Ian no quisiera dar a su familia una impresión falsa si los veían juntos.

-¿Se está usted divirtiendo, señorita Chamberlain?

Brooke levantó la cabeza y se encontró con la antipática mirada de Vance Parker. Lo había sorprendido varias veces observándola como si la estuviese vigilando, y se preguntó si Ian le habría pedido que lo hiciese antes de marcharse. Si lo había hecho, eso quería decir que no confiaba en ella.

Brooke se reprendió a sí misma por sacar conclusiones precipitadas. Ese hombre era el jefe de seguridad del casino y su trabajo debía de ser vigilar a todo el mundo.

-Sí, me estoy divirtiendo. Es un lugar muy bonito.

-Yo también lo pienso.

-Por favor, llámame Brooke.

-De acuerdo, yo soy Vance.

Brooke asintió. Sabía perfectamente quién era. El hombre que la había llevado a la oficina de Ian el primer día. Le daba la sensación de que, si aquel día se hubiese negado a seguirlo, él habría conseguido llevarla hasta allí sin montar ningún escándalo. Por su manera de actuar, se preguntó si el hombre no tendría nada que ver con el FBI.

-¿Quieres un café, Vance?

-Si no te importa -respondió él, sorprendiendo a Brooke y sentándose en la silla que había enfrente.

Él había empezado preguntando, y en ese momento era su turno. Era evidente que había sido militar, pero Brooke quería saber más cosas de él.

-¿A qué Fuerzas Especiales o agencia federal perteneciste, Vance?

-¿Qué te hace pensar que he sido militar o que he trabajado para una agencia federal?

-Tu manera de actuar.

-Supongo que es fácil conocerme. Sé que tú eres agente secreto. Ian me lo ha contado porque sabe que soy de confianza.

-No es un secreto. Pero a nadie le importa a qué me dedico.

-Ian lo mencionó porque soy el jefe de seguridad del casino y pensó que debía saberlo.

-Todavía no has contestado a mi pregunta -le recordó ella.

-Trabajé una temporada en el departamento antes de conseguir un puesto en los Servicios Secretos.

La rama ejecutiva, pensó Brooke.

-Supongo que conoces a Quade -dijo ella, refiriéndose al hermano gemelo de Ian.

-Sí. Yo lo preparé para su primera misión. Hemos trabajado varios años juntos, por eso conozco a Ian. Cuando decidí retirarme después de veinticinco años de servicio, Quade sabía que me gustaría seguir trabajando, y me comentó que Ian buscaba a alguien aquí.

-Y tal y como lo haces, me parece que eres el hombre adecuado para el casino.

-Gracias.

Brooke había visto cómo manejaba Vance varias situaciones delicadas: con pericia y profesionalidad y con la autoridad que sólo podía tener alguien con muchos años de experiencia a sus espaldas.

-Y si yo no supiese que no es así, habría pensado que formabas parte de mi personal, Brooke.

Ella lo miró. Vance no era un novato y, a pesar de que ella había intentado ser discreta, se había dado cuenta de cuáles eran sus intereses.

-Es parte de mi trabajo.

-Sí, pero no has venido aquí por razones de trabajo, ¿verdad? Al menos, eso es lo que me ha dicho Ian, que habías venido a descansar.

-Así es. Lo que quiero decir con que es parte de mi trabajo es que, cuando eres agente, hay cosas que haces automáticamente.

-Ah, ¿como ser muy observadora?

-Exactamente.

Brooke se preguntó si Vance la creía.

-Supongo que otro par de ojos más no hacen mal a nadie. Pero quiero dejarte algo bien claro. Ian es un buen hombre. A pesar de que es mucho más joven que la mayoría de los dueños de los otros casinos, es un buen empresario. Y este lugar es un testimonio de ello. Mi trabajo es ser sus ojos, sus oídos y cubrirle las espaldas. Y, lo que es más importante, Ian no es sólo mi jefe, también lo considero un buen amigo.

-¿Me estás diciendo todo esto por alguna razón concreta?

-Eso sólo me lo puedes decir tú, Brooke.

-Pienses lo que pienses, yo confío en Ian.

-Pero…

-Pero me parece que vamos a tener que terminar esta conversación -dijo Brooke, frunciendo el ceño. Ya había hablado bastante.

Vance no era tonto. Y probablemente supiese que ella había mentido al decir que sólo había ido al casino a descansar.

-Eres buena, Brooke, y, porque me caes bien, voy a enseñarte lo bien que lleva Ian el negocio. ¿Me acompañas?

Dos horas más tarde, Brooke llegó a su habitación para descansar un poco y cambiarse antes de la cena. Vance la había llevado a la sala de seguridad del casino y ella había tenido que admitir que estaba al tanto de casi todo lo que ocurría allí. Aunque no había cámaras en las habitaciones, las había en ascensores, pasillos, en el hall y en el resto de áreas comunes del complejo.

Vance también le había contado que, dado que Ian era un hombre muy diplomático, había conseguido controlar la situación la noche anterior.

Brooke acababa de entrar en el cuarto de baño cuando sonó el teléfono. Cruzó la habitación rápidamente para responder.

-¿Dígame?

-¿Ya me estás echando de menos?

Al oír la voz de Ian, sintió un escalofrío. No se lo esperaba.

-No, he estado demasiado ocupada para echarte en falta.

-¿Qué has estado haciendo?

Brooke miró por la ventana. Las vistas de las montañas eran

impresionantes, pero lo más importante en esos momentos era el hombre con el que estaba hablando.

Supuso que a Ian no le haría demasiada gracia saber que Vance le había enseñado la sala de seguridad.

-He estado haciendo muchas cosas. Sobre todo, jugar al black jack.

-Espero que no arruines al casino antes de que yo vuelva.

-Intentaré no hacerlo, aunque he tenido buena suerte en varias ocasiones.

-La suerte no tiene nada que ver con eso. Como ya te he dicho, todo es cuestión de probabilidades.

-Si tú lo dices. ¿Vuelves mañana por la noche?

-Eso pretendo. Por ahora las cosas van saliendo según estaban previstas. Cerraré la venta por la mañana y llegaré al casino al final de la tarde.

Brooke asintió. No quería reconocerlo, pero lo había echado de menos.

-¿Qué vas a hacer el resto del día?

-Ir de compras -respondió ella, y decidió mencionar algo a lo que había estado dando vueltas todo el día-. Me ha llamado Tara esta mañana para invitarme al cumpleaños de Delaney. ¿Cómo es que no me lo habías mencionado?

-No me había acordado. Además, imaginaba que antes o después te llamaría alguien de mi familia.

-¿Y tú quieres que vaya?

-¿Por qué me preguntas eso?

-No lo sé. Sé que en la boda de Dare te hice sentir mal.

-Supongo que era normal que ambos estuviésemos incómodos por aquel entonces.

-¿Y ahora?

-Ahora estamos mucho más a gusto juntos, ¿no crees?

-No quiero que te molestes si tu familia da por hechas ciertas cosas acerca de nosotros.

-Conozco a mi familia, Brooke. La cuestión es si tú estarás incómoda. Mi madre se niega a creer que no vayamos a volver juntos, aunque yo le haya asegurado lo contrario. Siempre le has gustado.

Brooke sonrió. A ella también le gustaba la madre de Ian.

-Entonces, ¿lo pensarás al menos? -preguntó Ian.

-Probablemente.

Esperaba que su aparición no fuese la causa de una gran conmoción. Desgraciadamente, no iba a ser posible evitarla. Todo el mundo sabía lo, seria que había sido la relación entre ellos, y estaba segura de que algunos no tenían ni idea de la causa de la ruptura. A pesar de ser una persona muy familiar, Ian era muy reservado en lo que a su vida privada se refería.

-¿Y tú estás seguro de que no te importará que vaya?

-Sí, estoy seguro. Además, ya va siendo hora de que dé a mi familia algo de qué hablar. Desde que Durango se casó, no ha pasado nada interesante, y soy el primero en admitir que los Westmoreland necesitan un poco de emoción de vez en cuando.

Media hora después, Ian reflexionaba acerca de su conversación con Brooke. Le había vuelto a preguntar si lo había echado en falta antes de colgar, y ella había admitido que sí. Eso significaba que estaba haciendo progresos. Aunque lo cierto era que él también la estaba echando de menos a ella.

Nunca habría permitido que Brooke volviese a formar parte de su vida, pero volvía hacerlo y él tenía un problema. Era increíble lo que podían hacerle a un hombre unos simples besos.

Aunque habían tenido algo más que unos besos.

-¿Quiere usted algo más para beber, señor?

Ian miró al camarero. Había cenado solo en un restaurante famoso por su deliciosa carne. La comida había sido excelente, pero se había pasado la noche pensando en Brooke, ella sí que era deliciosa.

-No, eso será todo por ahora.

Ian sólo quería disfrutar del vino y suspirar por la mujer a la que deseaba más que a nada en el mundo. Tenía ganas de volver a verla, abrazarla, hacerle el amor y llevarla a un lugar al que no había ido desde que habían roto. Un lugar que habían descubierto juntos hacía unos años y que se había convertido en su propio universo.

Agarró la copa con fuerza al sentir que se le hacía un nudo en el estómago. ¿Cómo era posible que una mujer despertase de esa manera su pasión y su deseo?

-¿Ian?

Levantó la cabeza y miró a la atractiva mujer que había de pie, a su lado. Sonrió.

-Casey, ¿qué estás haciendo en Memphis? -preguntó a su prima mientras se ponía en pie. La última vez que la había visto había sido en la boda de su hermano Durango, en Atlanta.

-He venido por trabajo -respondió ella, sonriendo-. Voy a pasar un par de días aquí. ¿Y tú?

-Negocios, pero me marcho mañana. Siéntate. ¿Quieres tomar algo?

-No, gracias. Acabo de terminar de cenar y ya me marchaba. Me pareció que eras tú, pero no estaba segura. Parecías absorto en tus pensamientos.

-Lo estaba -asintió él sin darle más explicaciones-. ¿Vas a venir a la fiesta de cumpleaños de Delaney la semana que viene?

Casey hizo una mueca y él se dio cuenta de que todavía no había tomado una decisión. Mientras que sus hermanos Clint y Cole se habían integrado rápidamente en la familia Westmoreland, ella seguía siendo un poco reservada.

-¿Sabes si va a ir mi padre? -preguntó ella.

-Me parece que sí. No se lo perdería por nada del mundo.

Ian sabía que Casey todavía intentaba fomentar una relación con su padre, al que había conocido hacía poco tiempo.

-Estoy pensando en irme un mes a Montana con él -comentó Casey.

-Me parece muy buena idea. Y estoy seguro de que el tío Corey y Abby estarán encantados de tenerte allí.

Estuvieron un rato charlando de los hermanos de Casey. Ambos irían a la fiesta de Delaney, pero Ian se dio cuenta de que, finalmente, ella no le había dicho si iba a ir o no.

Aproximadamente una hora después, Ian llegaba a la habitación de su hotel. Miró a su alrededor. La maleta estaba hecha y él estaba preparado para marcharse. Estaba deseando volver al lago Tahoe y habría tomado un vuelo esa misma noche si lo hubiese habido.

Tenía ganas de llamar a Brooke, pero se recordó que ya había hablado con ella hacía un rato. Sacudió la cabeza y se preguntó qué le estaba pasando. Había sido volver a ver a Brooke, y volverse loco.

Estaba empezando a dejarse llevar, a sentir emociones que no

había experimentado desde hacía años. Eso no era bueno, pero por el momento no podía hacer nada para evitarlo.

Capítulo Seis

Brooke había pasado los dos últimos días haciendo compras y disfrutando del complejo turístico y, mientras lo hacía, había mantenido los ojos y los oídos bien abiertos. Ian volvía ese mismo día y ella se sentía nerviosa.

Se sumergió en el agua del jacuzzi e intentó relajarse. Cerró los ojos y dejó que las burbujas la llevasen a otro lugar.

Al moverse y recibir un chorro de agua entre las piernas, dejó escapar un gemido. Sonrió, aunque sabía que el único que conseguiría relajar la tensión que agarrotaba todos los músculos de su cuerpo era Ian.

Cerró los ojos e imaginó la cena que iban a compartir. Sabía cómo solían acabar las cenas juntos. Los recuerdos la hicieron estremecerse.

Un par de horas más tarde, después del baño y de dormir un poco, Brooke empezó a vestirse. Estaba de acuerdo con él en que necesitaban hacer el amor una vez más para poder poner fin a lo que un día había sido una bonita relación.

Le dolía pensar que iba a ser el final, pero así tenía que ser. Tenía que pasar página. Era joven y antes o después se olvidaría de Ian. Cuando volviese a Washington, le pediría a Malcolm que le diese un par de semanas libres.

Necesitaba algo de tiempo para poner su vida en orden. También necesitaba tomar ciertas decisiones acerca de su futuro. Si decidía dejar el trabajo de campo, tenía que saber qué otras opciones le podía ofrecer el departamento. Cuando había hablado de ello con Vance, éste le había sugerido que trabajase en la Casa Blanca. Parecía ser que allí solía haber puestos interesantes para mujeres, para velar por la seguridad de la Primera Dama.

Sonrió al pensar en su conversación con Vance. Había acabado cayéndole bien porque sabía que miraba por los intereses de Ian y que era leal con las personas que le importaban. Ian también era así. Por eso se había enfadado con ella con el caso de Boris Knowles.

Miró la ropa interior que había encima de la cama y que había comprado ese mismo día. A Ian siempre le había gustado el encaje negro.

Se perfumó y tomó el vestido que había escogido especialmente para impresionarlo. Quería que esa última vez fuese especial.

Ian se sintió bien de vuelta a casa. Aunque había llegado a su ático un poco más tarde de lo previsto.

Lo primero que le hubiese gustado hacer al llegar al casino era ver a Brooke, pero Vance le había dicho que la había visto marcharse del complejo. Parecía dirigirse a la ciudad, de compras. Así que Ian había subido a su ático decepcionado y había desecho la maleta pensando en que Brooke no olvidaría aquella noche durante mucho tiempo.

Un par de horas más tarde, se miró el reloj. Eran las siete menos diez. ¿Dónde estaba Brooke? Sabía que siempre llegaba unos minutos antes de lo previsto.

Contuvo la respiración al oír el timbre que le indicaba que alguien subía en su ascensor privado. Se había puesto unos pantalones negros y una camisa blanca y, para darle un toque más informal al conjunto, se había quedado descalzo. Quería parecer relajado.

Se acercó al ascensor para estar allí cuando se abriese la puerta. Nada más verla, se le hizo un nudo en el estómago. Llevaba un vestido negro de encaje que cortaba la respiración.

-Ya sé que llego antes de tiempo, ¿pero no vas a invitarme a entrar?

Maldita sea, se había quedado completamente en blanco. Dio un paso atrás para dejar que saliese del ascensor.

-Bienvenido a casa, Ian.

La había echado de menos. En tan sólo un par de días, había vuelto a ocupar su corazón. Ian abrió la boca pero no dijo nada: El vestido negro de encaje lo había dejado aturdido. Brooke sabía mejor que nadie lo mucho que le gustaba, sobre todo cuando era

ella quien lo llevaba puesto. Se había excitado sólo de verla.

Tenía tantas ganas de tocarla que le quemaban los dedos y el corazón iba a salírsele del pecho. Dio un paso adelante y estudió su rostro. Un rostro que había invadido sus sueños tantas veces durante los últimos cuatro años, un rostro que no había podido olvidar por mucho que lo había intentado.

Ian tuvo que acabar por aceptar que no era el vestido de Brooke, o lo sexy que ella estuviese con él, lo que tanto lo atraía de ella. Era la propia Brooke la que siempre le había llamado la atención.

-¿Ian?

El volvió a mirarla. Vio cómo le temblaban los labios y decidió besarla. Iba a recibirla al más puro estilo de Ian Westmoreland. Se acercó más a ella, le acarició el mentón y los labios y saboreó el momento, disfrutando de su sabor dulce y del tacto de sus labios contra los de él.

Le hubiese gustado entretenerse más tiempo, pero el anhelo que tenía dentro no se lo permitió. De pronto, salió a la luz todo lo qué sentía por ella y que había intentado ignorar hasta entonces.

La abrazó fuerte y ella recorrió el interior de su boca con la lengua, quitándole el aliento y llegando hasta esos recónditos lugares que sabía por experiencia que lo hacían volverse loco de deseo.

Una de las cosas que habían hecho Brooke y él como pareja había sido explorar nuevos horizontes en la cama. Y habían inventado incluso sus propias formas de besar.

Y ella seguía recordándolas, pensó Ian mientras la apretaba contra su cuerpo, y las estaba poniendo en práctica. Le estaba demostrando, con una destreza que casi hacía que le temblasen las rodillas, por qué se había enamorado de ella unos años antes. Brooke siempre había sabido sorprenderlo.

Y lo estaba sorprendiendo en esos momentos. Ian no había esperado un beso que fuese más allá de cualquier fantasía que hubiese podido tener. Había pensado que ella se mostraría reacia y que lucharía contra la intensidad de la química que había entre ellos. Pero no estaba siendo así. Le estaba demostrando que ella necesitaba tanto como él pasar página. Aceptaba que nunca podría haber una reconciliación. Ambos necesitaban poner fin al tema, y ésa era la única manera de conseguirlo. Brooke lo estaba besando

con tanta pasión que sentía cómo un escalofrío le recorría todo el cuerpo.

-Brooke -murmuró Ian cuando le soltó finalmente los labios. Pero antes de que ella pudiese dar un paso atrás, la abrazó y ella volvió a besarlo.

Podría haber seguido besándolo eternamente, pensó Brooke, ya que Ian le devolvía el beso con igual fervor. Momentos después, cuando él se separó para tomarla en brazos y conducirla hasta su habitación, Brooke sintió que se le cortaba la respiración.

Lo miró y vio el deseo en sus ojos.

Al llegar arriba, la dejó en el suelo y ella volvió a pegarse a su cuerpo, y sintió el bulto que crecía en sus pantalones y que era la prueba del deseo que sentía por ella.

-Quiero hacerte mía.

A ella se- le aceleró la respiración. Hacía cuatro años que no estaba con un hombre. Ian había sido el único con el que había mantenido relaciones íntimas. Empezó a prepararse para el placer que sabía que sólo él podía proporcionarle con sus maravillosas manos, con su habilidosa lengua y con su cuerpo grande y fuerte. Se excitaba sólo de pensarlo.

-Yo también te deseo, Ian. Esta noche, te necesito.

-No tanto como yo a ti -respondió él mientras le quitaba el vestido.

A Ian se le escapó un silbido al comprobar que debajo había más encaje negro. Se arrodilló allí mismo y apoyó el rostro en su estómago, oliéndola y acariciándola con la lengua.

Chupó su ombligo mientras le bajaba las medias y sólo se detuvo un momento para que ella acabase de quitárselas antes de seguir descendiendo.

Se apartó para observarla y la miró a los ojos mientras ponía una de las manos entre sus piernas y acariciaba con los dedos su carne húmeda. Cuando Brooke lo agarró por los hombros y empezó a gemir y a apretarse contra su mano, supo que si continuaba acariciándola, tendría un orgasmo en breves momentos.

Dejó de mirarla para recorrer su cuerpo con la lengua y agarrarla de las caderas con fuerza. Sintió cómo le temblaba el cuerpo y la oyó murmurar su nombre, pero se negó a parar.

Ian gimió cuando sintió que ella dejaba de sacudirse. Se puso en

pie y la besó. Después, la tomó en brazos y la llevó hasta su cama, donde la colocó encima de la colcha de satén.

Le desabrochó el sujetador y lo apartó. Siempre había pensado que tenía los pechos más bonitos del mundo. Se echó hacia delante y los lamió con fuerza, ignorando los gemidos de Brooke, y cuando no pudo aguantar más, se echó hacia atrás para quitarse la ropa rápidamente. Cuando volvió a la cama, ella tomó su erección entre las manos, como si necesitase tocarla, sentirla.

-Despacio, cielo -susurró Ian-, si no, no voy a durar nada.

Le separó las piernas con ayuda de una rodilla y la miró a los ojos. Sabía que Brooke llevaba años tomando la píldora para regular sus periodos, pero por el bien de ambos, buscó un preservativo.

Brooke se lo arrebató de las manos y se lo colocó.

Él le acarició la cara.

-Te deseo tanto, Brooke -murmuró mientras la penetraba.

Ella estaba tensa, casi tanto como la primera vez que habían hecho el amor, cuando todavía era virgen. Ian la miró a los ojos y entendió lo que significaba tanta tensión.

-¿Es la primera vez desde que…?

No pudo terminar la pregunta. Cuatro años era mucho tiempo, y le enterneció pensar que seguía siendo el primero y el único que la había amado.

En ese momento, la deseaba con una pasión que no había sentido nunca antes. Se agarró a sus caderas y empezó a moverse, penetrándola cada vez más profundamente.

Tenía que mirarla y recordar ese momento para el resto de su vida. La miró a los ojos y supo que, a pesar de que ambos querían prolongar el momento, ninguno aguantaría mucho más. Sería la última vez que hacían el amor.

-Ian, yo…

Él la besó, sin dejarla hablar. No había nada que decir, y cuando sintió que una explosión de placer le recorría el cuerpo, dejó escapar un gemido. Sintió cómo ella también llegaba al clímax, y eso le provocó un segundo orgasmo. Ian pensó que si tenía que morir, ése sería sin duda el mejor momento.

Volvió a penetrarla todo lo profundamente que pudo, y sintió que los dos volvían a sentir otro orgasmo.

Había pensado que, después de hacer el amor con ella por

última vez, podría olvidarla definitivamente, pero mientras la sujetaba por el trasero y sentía cómo sus muslos se apretaban contra su cuerpo al mismo tiempo que él se vaciaba en su interior, supo que le estaba calando todavía más hondo.

-Quédate aquí a descansar; te avisaré cuando la cena esté preparada -susurró Ian al oído de Brooke antes de salir de la cama.

Ian miró por encima del hombro y vio cómo Brooke entreabría los ojos, sonreía y se acurrucaba entre las sábanas.

-Humm, de acuerdo.

Ian sonrió también. Sabía que la había dejado exhausta. Necesitaba descansar. Así que Ian se puso los pantalones y salió de la habitación.

Había decorado el salón con velas, que inundaban la sala con la dulce fragancia dé la vainilla. Sabía que a Brooke le encantaba la comida tailandesa y había pedido a uno de los restaurantes que preparasen una cena especial para ellos. Esperaba que le gustase lo que había elegido. Atravesó la habitación en dirección al teléfono y pidió al servicio de habitaciones que llevasen la cena a su ático.

Como no tenía nada más que hacer, se acercó a la ventana para disfrutar de las vistas. Estaba oscuro, pero aún así podía distinguir la forma de las montañas más allá del lago. Le hubiese encantado compartir aquella imagen con Brooke.

Pero sabía que si volvía a la habitación, no se conformaría con enseñarle las vistas. Ya iba a ser bastante duro tener que despertarla cuando llegase la cena. Brooke era toda una tentación y, después de haberle hecho el amor, Ian seguía queriendo más y más.

Se excitaba sólo de recordar sus cuerpos unidos encima de la cama. Pero debía comportarse con cautela. Brooke ya le había hecho daño una vez y podía volver a hacérselo.

-¿Ian?

Se puso tenso al oír su voz. Tomó aire y se dio la vuelta. Inmediatamente, deseó no haberlo hecho. Brooke se había puesto su camisa, pero la llevaba desabrochada.

Gimió sin querer. No había nada más bonito que Brooke desnuda o medio desnuda.

Luchó por guardar la compostura y por no pensar en cómo acababan de hacer el amor. Si lo que quería era volver a excitarlo, era una completa pérdida de tiempo, porque ya lo estaba.

-¿Sí? ¿Qué quieres?

La miró a los ojos y se dio cuenta de que quería que volviese a hacerle el amor. No iba a poder resistirse. Una nueva erección volvía a crecer debajo de sus pantalones.

-Dime qué quieres, cariño, y tus deseos serán órdenes para mí -añadió Ian.

Brooke contuvo el aliento e intentó recordar la última vez que la había llamado cariño y no fue capaz, hacía demasiado tiempo. Pero se lo había llamado con la misma naturalidad que en el pasado. Y la estaba mirando de un modo que la hacía desearlo todavía más. Quizás todavía cupiese la esperanza de que…

Apartó ese pensamiento de su mente. Quizás Ian siguiese deseándola, pero ya no la quería. Había dicho que sus deseos eran órdenes para él y había decidido ponerlo a prueba.

-¿Cuánto tiempo va a tardar la cena?

-¿Para cuándo la quieres tú?

-La verdad es que no tengo prisa.

Todavía no había terminado la frase cuando oyeron la campana del ascensor que anunciaba que la comida ya estaba allí. Brooke parecía decepcionada.

-No tenemos por qué cenar ahora mismo. La cena puede esperar.

Ella sonrió y se movió de tal manera que dejó al descubierto mucho más que una pierna.

-No te muevas -dijo Ian, dirigiéndose al ascensor.

Brooke sonrió, pero no consiguió quedarse allí quieta. Al entrar en la habitación y ver todas las velas encendidas y a Ian de pie frente a la ventana, había tenido que controlarse para no acercarse a él y acariciar todo su cuerpo, quitarle los pantalones y saborear su piel tal y como él había hecho antes con ella.

Suspiró y se esforzó por mantener la calma. Miró por la ventana e intentó concentrarse en las montañas.

Momentos más tarde vio a Ian reflejado en el cristal. Sus miradas se encontraron y Brooke se sintió tentada a darse la vuelta.

Pero se quedó quieta mientras él se acercaba y la abrazaba por detrás. Ella se dejó caer y apoyó la cabeza en su pecho. Sintió la necesidad de volver a fundirse con él, no sólo en cuerpo, sino también en alma. Lo amaba y nada podría cambiar eso.

-Brooke.

Pronunció su nombre con voz sexy, y la besó en ese lugar de su cuello que tanto la excitaba. Luego sintió cómo le lamía la cara y detenía la lengua justo debajo de su oreja.

-Siénteme -murmuró Ian.

Y ella notó cómo se le clavaba su erección en la espalda y sus manos acariciándole debajo de la camisa. Cuando una de las manos de Ian descendió hasta llegar a la zona entre sus piernas, Brooke sintió que volvía a arder de deseo.

-¿Estás segura de que no quieres cenar? -le preguntó él.

-Estoy segura -susurró Brooke casi incapaz de hablar.

-Entonces, ¿qué es lo que quieres?

-A ti. Ian, te quiero a ti -respondió ella, dándose la vuelta y mirándolo a los ojos.

Él la levantó en sus brazos y la dejó en la mesa de black jack. Luego, se quitó los pantalones y le arrancó a ella la camisa, que también fue a parar al suelo. La ayudó a que enrollase las piernas alrededor de su cuerpo, y le dijo:

-Yo también te deseo. Déjame que te demuestre cuánto.

Y antes de que a Brooke le diese tiempo a volver a tomar aire, ya la había penetrado y se estaba moviendo dentro de ella con un ímpetu que rayaba en la obsesión.

Si alguien le hubiese dicho unos días antes que Brooke iba a estar allí, en su santuario privado, no lo habría creído. No había ninguna explicación científica que pudiese explicarlo, aunque en ese momento Ian no quería pararse a razonar. Sólo quería pensar en hacerle el amor encima de su mesa privada de black jack.

Era lo que necesitaba esa noche. La necesitaba a ella.

Sólo quería concentrarse en las sensaciones que lo invadían cada vez que ahondaba en su cuerpo. Le sujetaba las caderas cada vez con más fuerza para poder llegar más profundo. La besó intensamente y disfrutó de sus gemidos. Era la primera vez que le hacía un amor a una mujer en una mesa de black jack y, en su mente, era él quien repartía la mano. Jugaba con su cuerpo y tenía una racha de suerte. Estaba convencido de que ganaría la partida.

Cuando dejó de besarla, la miró a los ojos y vio que ardían de deseo por él. Y como si tuviesen telepatía, Brooke susurró:

-Tengo un tres y un cinco.

Ian sonrió. La colocó de manera que pudiese penetrarla más

profundamente, hasta volverla loca de deseo.

Y lo consiguió.

Brooke gritó su nombre. Las vibraciones de su cuerpo rebotaron directamente en él, que echó la cabeza hacia atrás y disfrutó del orgasmo de Brooke, sabiendo que él tampoco tardaría en conseguirlo. Cuando llegó al clímax, se estremeció y se olvidó de todo, salvo de la mujer a la que le estaba haciendo el amor.

Ella lo agarró del rostro y volvió a atraerlo hacia su cuerpo, besándolo con pasión. Ian notó cómo volvía a excitarse. ¿Cuándo tendrían bastante? Era como si quisieran recobrar el tiempo perdido, no le importaba. Aquella noche se necesitaban el uno al otro. Los dos eran ganadores.

Ya se preocuparían por el futuro cuando éste llegase.

Capítulo Siete

-¿Qué te parece?

Brooke levantó la cabeza del plato, ruborizada. Si Ian le estaba preguntando por la comida, le respondería que estaba exquisita. Si se refería a lo que habían hecho antes, no podría describir con palabras lo maravilloso que había sido. Pasase lo que pasase cuando volviese a Washington, siempre recordaría cada momento que había pasado con él en el Rolling Cascade.

-Ya sabes lo mucho que me gusta la comida tailandesa, y tu chef la ha cocinado estupendamente. Y si me estás preguntando por otra cosa… -dijo muy despacio, provocándolo, mientras levantaba su copa de vino y le daba un trago-. Lo único que puedo decir es que ha sido como si me hubiese tomado el postre antes del plato principal.

-Me alegro de que todo esté a tu gusto -respondió él, riendo.

Bebió vino y pensó en lo sexy que estaba Brooke vestida sólo con su camisa. Al final se la había abrochado.

El hombre primitivo que había en él quería abrírsela y disfrutar del reflejo de la luz de las velas en su piel oscura.

-Ha sido mucho mejor que eso -comentó ella, reclamando su atención-. Te has superado. No creo que vuelva a ser capaz de mirar una mesa de black jack sin ponerme colorada.

Ian se estremeció de sólo recordarlo. Él no se sonrojaría al ver una mesa de black jack. Se excitaría. Observaba cómo Brooke acariciaba la copa de vino y recordaba cómo lo había acariciado a él. Pero sabía que tenía que dejar de pensar en volver a hacerle el amor, así que le preguntó:

-¿Qué planes tienes para mañana?

-Lo único que sé es que no voy a ir de compras.

-¿Te gustaría pasar el día conmigo?

La pregunta la sorprendió. Pensaba que, después de esa noche, Ian la evitaría para ver si de verdad conseguía pasar página. Lo miró pensativa mientras apoyaba la barbilla en las manos.

-Esto… depende. ¿Qué tienes pensado hacer?

-Tengo una reunión importante para comprobar que la fiesta de cumpleaños de Delaney va sobre ruedas. Después, estaré libre para lo que tú quieras. ¿Alguna sugerencia?

-En cualquier caso, jugar al black jack, no.

-Si tú lo dices…

-¿Y si jugásemos al golf?

-¿Sabes jugar?

-No -admitió ella-. Pero me gustaría aprender. ¿Podrías enseñarme un poco?

-Por supuesto.

-Y me encantaría volver a bañarme en tu piscina si a ti no te importa.

Ian la estudió y recordó la noche que había ido a bañarse.

-No me importa, pero en esta ocasión, te acompañaré.

Ella lo miró, su respuesta era exactamente la que había esperado. Después, se miró el reloj y se puso en pie.

-Es tarde. Será mejor que me vista para marcharme.

-Quédate esta noche conmigo, Brooke.

Casi se le salió el corazón del pecho al oír la invitación, pero pensó rápidamente en todas las razones por las que no debía hacerlo. La principal era que si Ian descubría la verdadera razón por la que había ido al Rolling Cascade, se sentiría decepcionado.

-No creo que sea buena idea, Ian. Se supone que esto era el broche final, ¿recuerdas?

-Lo recuerdo. Pero en estos momentos sólo puedo pensar en celebrar la inauguración contigo.

-¿La inauguración?

-Sí, deja que te lo muestre -dijo, desabrochándose la camisa que llevaba puesta y metiendo después las manos por debajo de la camisa de Brooke y acariciando sus pezones.

-¿Necesitas que te lo explique? -preguntó Ian.

A Brooke le brillaban los ojos de deseo y pasión, y cuando Ian fue descendiendo la mano hasta llegar a su sexo, se le cortó la

respiración.

-No, no hacen falta palabras.

Entonces entrelazó las manos alrededor de su cuello y lo invitó a besarla, decidiendo que ya clausurarían lo que tenían pendiente otra noche.

-Perdona, Margaret, ¿qué estabas diciendo?

Margaret Fields sonrió. Era evidente que su jefe estaba pensando en otra cosa. Aquella mañana no estaba tan atento como de costumbre. Parecía preocupado. Ella se preguntó si sería la única que se había dado cuenta.

-Que he hablado con la señora Tara Westmoreland ayer y que me ha enviado por fax el menú. Ya se lo he pasado al restaurante.

-¿Cuántas personas van a ser?

-Hay trescientas reservas confirmadas.

Ian sabía que, además de los amigos y de la familia más cercana, y debido a la posición que ocupaba Jamal en los círculos internacionales, también asistirían algunos famosos y dignatarios.

-Es posible que acuda la Secretaria de Estado. Nos lo confirmarán dentro de un par de días -continuó Margaret.

-Doy por hecho de que no tendremos problemas de seguridad -dijo Ian, mirando a Vance.

-Sí -respondió él, sonriendo-. Si viene la Secretaria de Estado, me pondré de acuerdo con los Servicios Secretos para que pueda disfrutar de su estancia aquí.

Ian sabía que el príncipe jeque Jamal Ari Yasir también había reservado parte del complejo para alojar a los invitados. Ian se miró el reloj.

-De acuerdo. Mantenedme informado de cualquier contratiempo. Aunque todo parece estar bajo control.

Se puso en pie. Había quedado con Brooke media hora más tarde y no quería hacerla esperar.

-Eso será todo. Gracias a todos por trabajar tan duro. Quiero que todos hagamos lo que esté en nuestra mano para hacer que sea una noche muy especial para la princesa de Tahran.

Brooke suspiró y miró a su alrededor. El campo de golf lucía un césped lozano y la casa-club era impresionante. La revista Golf Digest lo nombraba como uno de los mejores campos, y la razón era

evidente.

Ian le había dicho la noche anterior que los últimos hoyos se encontraban cerca del lago Tahoe, y una de las salidas estaba instalada en un acantilado. Nada desmerecía el ambiente del campo. Salvo el hombre al que estaba esperando.

Ian.

Brooke se estremeció sólo de pensar lo maravilloso que había sido despertarse entre sus brazos esa mañana. Habían hecho el amor una vez más, y después ella se había vuelto a quedar dormida. Al despertar, aproximadamente una hora más tarde, él ya estaba vestido y la observaba desde la puerta de su dormitorio.

Se habían mirado el uno al otro durante lo que a Brooke le había parecido una eternidad, hasta que Ian se había quitado la chaqueta con cuidado, se había acercado a ella y la había abrazado y besado como si su vida dependiese de ello. Después de un beso largo e intenso, se había marchado, prometiendo encontrarse con ella a las once en punto en el club de golf.

Como Ian le había comentado que en el club de golf del Rolling Cascade había que respetar unas normas de indumentaria, Brooke se había pasado por una de las tiendas de golf para comprarse algo adecuado. Los vendedores le habían dicho que la ropa para jugar al golf solía ser de colores chillones, y ella se había comprado una camiseta negra y unos pantalones cortos color verde lima con dobladillo. También le habían sugerido que se comprase una visera para evitar que le diese el sol en la cara. Como había llegado temprano al club de golf, había entrado también a alquilar unos zapatos.

Brooke se dio la vuelta y reconoció a la mujer que caminaba en su dirección. Se había tropezado con ella el día anterior, cuando había ido de compras. Brooke estaba tan concentrada en un vestido de encaje negro que había en el escaparate, que ni siquiera la había visto.

-Hola, hola de nuevo -saludó Brooke, sonriendo.

La otra mujer la miró, sorprendida, y actuó como si no la hubiese visto nunca, así que decidió refrescarle la memoria.

-Nos vimos ayer. Tropecé contigo en una tienda e hice que se te cayesen todos los paquetes de las manos y…

-Ah, si. Ahora me acuerdo. Lo siento. Estaba pensando en otra

cosa -se disculpó. Era rubia, atractiva, y debía de tener unos treinta años-. Hola. Siento no haberte reconocido.

-No pasa nada -respondió ella-. ¿Vas a jugar al golf?

-Sí. Había quedado con mi marido en el hall, pero he llegado tarde.

-Entonces no te entretengo más. Pásalo bien.

-Gracias.

Brooke frunció el ceño al verla marchar. Era como si la otra mujer no recordase su encuentro en la tienda.

-Eh, guapa. ¿Por qué frunces el ceño? ¿Llevas mucho tiempo esperándome?

Brooke se dio la vuelta y sonrió al ver a Ian montado en coche de golf.

-No.

-¿Entonces por qué estás seria?

-Por nada. Es sólo que he visto a la mujer con la que tropecé ayer en una tienda y hoy parecía no acordarse de mí. Me sorprende, porque le tiré todos los paquetes que llevaba en las manos y tuvo que recogerlo. Ayer me pareció muy habladora.

-¡Qué! Es imposible que alguien no se acuerde de ti -bromeó él-. Eres inolvidable.

-No seas tan listillo -rió ella mientras atravesaban una arboleda.

No obstante, no pudo evitar preguntarse si de verdad lo pensaba. ¿Le habría costado olvidarla tanto como ella a él? También se preguntó si siempre sería así, aunque después se recordó que en una semana volverían a separarse y sería difícil saber cuándo volverían a cruzarse sus caminos.

Como no le apetecía pensar en todo aquello, Brooke dirigió su atención al paisaje por el que iban pasando.

Finalmente, Ian se detuvo al llegar a un acantilado que daba al lago.

-¿Y qué hago si la bola cae al agua?

-No pienses que voy a mandarte a buscarla. Sólo vamos a practicar, y si se pierde una bola, sacaremos otra. He traído muchas.

Bajaron del coche y Brooke esperó a que Ian sacase todo lo necesario de la parte trasera. No pudo evitar fijarse en lo guapo que estaba con la ropa de jugar al golf.

-Vamos. Por cierto, ¿te he dicho que para jugar al golf hay que

andar mucho? -preguntó Ian, tendiéndole un palo. Luego se puso a su lado.

Brooke estuvo a punto de contestarle que no, y que si no se alejaba un poco de ella, no sería capaz de concentrarse. Pero a Ian no parecía afectarle el contacto con su cuerpo.

Colocó los brazos alrededor de ella y le sujetó las manos para enseñarle cómo mover el palo.

-Recuerda -le susurró al oído-, cuando hagas un *backszuing* no muevas el cuerpo más despacio que el palo. Y para hacer un *dorunszuing*, no lo muevas más rápido que el palo.

Ensayaron diferentes golpes durante la siguiente hora, aunque a Brooke le costó concentrarse con Ian pegado a su espalda.

-De acuerdo, ¿cuándo empezamos a jugar con las bolas?

-No deberías preguntarme algo así en estos momentos -murmuró él, atrayéndola contra su cuerpo para que notase lo excitado que estaba.

Ella rió y se apartó de él.

-Lo siento. ¿Qué hacemos ahora?

-Besarte no sería mala idea -respondió él.

Estaban tan cerca, que sus piernas desnudas se rozaban. El contacto era suficiente para que Brooke sintiese que un escalofrío le recorría todo el cuerpo, y saber que él estaba excitado empeoraba las cosas. Se dejó invadir por su olor, y suspiró abriendo los labios.

Eso era exactamente lo que Ian estaba esperando para besarla. Nunca había deseado más un beso y no era el momento de pensar con la cabeza.

Mientras había estado enseñando a Brooke los distintos golpes, el roce del trasero de ésta contra sus muslos casi lo había vuelto loco. En aquellos momentos, si hubiese sabido que no había nadie cerca, la habría desnudado allí mismo. Pero no podía arriesgarse a que los sorprendieran; ya encontraría la ocasión de estar con ella a solas más tarde.

La agarró por la cintura y siguió besándola. Sabía que tenía que ir despacio, pero su sabor hacía que quisiese más.

Oyeron un coche y ambos se separaron rápidamente. Pero Ian no pudo resistirlo y la besó otra vez.

-¿Todavía te apetece ir a nadar? -preguntó él, que necesitaba refrescarse.

-Sí, ¿y a ti?
-Claro.
-Ian. ¿Cuándo vas a acabar de enseñarme a jugar?
-No te preocupes -contestó, sonriendo y tomándola de la mano para llevarla hasta el coche.
-¿Puedo hacerte una pregunta, Ian?
-Por supuesto.
-¿Has conseguido sacarme ya de tu cabeza?
-No, en estos momentos estás tan adentro que casi me duele.
-¿Quieres una aspirina?
Ian se detuvo y le acarició el rostro con la palma de la mano.
-¿Quién es ahora la listilla? No, no quiero una aspirina. Te quiero a ti, Brooke. ¿Y sabes qué es lo que me da miedo?
-No.
-Que juré que si volvía a verte huiría de ti como de la peste. Pero ahora me da la sensación de que no soportaría tenerte lejos.
-Me parece que tenemos un problema.
Ian rió, aunque, en el fondo, la situación no le parecía nada divertida.
-Sí, eso creo. Venga. Vamos a buscar algo de comer.

-¿Cuál es el siguiente deporte que quieres hacer? -preguntó Ian mientras daba un trago a su refresco.
Estaban sentados en la terraza de una de las cafeterías del complejo comiendo perritos calientes y patatas fritas.
-Me da igual, siempre y cuando no sea un deporte con contacto físico.
-¿Quieres decir que te molesta que te toque?
-No, no me molesta exactamente.
-¿Qué es lo que te hace entonces?
-Revoluciona mis hormonas.
-Explícate.
Brooke puso los ojos en blanco. ¿Cómo podía pedirle eso? Estaba segura de que sabía perfectamente lo que quería decir. Pero si lo que quería era que le diese detalles, lo haría.
-Cada vez que me tocas, o que nos rozamos, sólo puedo pensar en cosas relativas al sexo.
-Es decir, que te pones caliente.
-No, Ian, sois los hombres los que os ponéis calientes, a las

mujeres se nos revolucionan las hormonas.
Ah, ya entiendo.
Brooke no podía creer que estuviesen teniendo esa conversación mientras compartían una comida. Unos días antes sólo había habido amargura y resentimiento entre ellos. Y en ese momento, tal y como había admitido Ian mientras jugaban al golf, ninguno de los dos parecía querer acabar con aquello.
-¿Qué has hecho durante los cuatro últimos años? -preguntó Ian.
Brooke levantó una ceja. No era tonta. Lo que quería saber era lo que no había hecho. Su cuerpo no podía fingir e Ian la conocía mejor que nadie. Estaba segura de que ya se había dado cuenta de que no se había acostado con ningún otro hombre.
-Trabajar. He tenido un par de misiones bastante duras.
Ian asintió. Nunca le había gustado que arriesgase su vida en cada misión. Pero había tenido que aceptar que ése era su trabajo. Al fin y al cabo, ya era ayudante del sheriff cuando la conoció. Y la había visto en acción un par de veces y era evidente que sabía defenderse.
-¿Cuánto tiempo más vas a trabajar en eso? -preguntó.
Cuando habían hablado de matrimonio, Brooke había dicho que trabajaría como agente hasta que decidiesen fundar una familia.
-No estoy segura. Últimamente me ha dado por pensar que soy demasiado mayor para seguir haciendo trabajo de campo. Ya llevo cinco años y me gustaría dejarlo antes de quemarme, como le ocurrió a Dare.
Ian iba a contestarle cuando sonó su teléfono móvil.
-Perdona -se disculpó mientras lo buscaba-. ¿Dígame?
Momentos después, se despedía de su interlocutor.
-Lo siento. Era el gerente del casino. Me necesita inmediatamente.
-Lo comprendo.
-¿Quedamos más tarde para darnos un baño en mi piscina?
-Sí.
-Hasta volveré a darte de comer.
-Es difícil resistirse a semejante invitación.
-Ésa era mi intención. Nos vemos sobre las cinco, ¿de acuerdo?
-Perfecto.
-Bien.

Ian se inclino hacia ella, y le susurró al oído:

-Tráete la bolsa de aseo y un camisón para que pueda ayudarte con tu problema de hormonas. Se dio la media vuelta y se marchó. Brooke lo observó hasta que desapareció de su vista. Fue entonces cuando suspiró. Dudaba que pudiese ayudarla con su revolución hormonal. Seguramente, empeoraría las cosas.

Dio un trago a su refresco y se fijó en otra pareja que había sentada en la terraza. Era la mujer con la que se había tropezado el día anterior. Frunció el ceño. Había algo en ella que la incomodaba, pero no sabía qué era.

Ian había dicho que Brooke era inolvidable, aunque ella sabía que no era cierto. No obstante, no entendía que la mujer no la hubiese reconocido. Poco después, pensó que quizás fuese porque llevaba el pelo recogido hacia atrás y una gorra. Tenía que ser eso. Pero había algo más.

Brooke llegó al ático de Ian diez minutos antes de la hora a la que habían quedado. Se había puesto un atrevido vestido color carne de crochet que dejaba al descubierto sus bonitas piernas. Ian supo nada más verla que tenía un problema.

-Humm. Me sorprende que hayas llegado entera hasta aquí -comentó, imaginando cómo la habrían mirado otros hombres a su paso.

-¿Has olvidado lo bien que me defiendo? -dijo ella, dejando una bolsa de fin de semana a sus pies.

No, no lo había olvidado y siempre la había admirado por ello. Volvió a mirarla de arriba abajo.

-Pensé que íbamos a nadar.

-Vamos a nadar. Pero todavía tengo que ponerme el traje de baño. Veo que tú ya estás listo.

Estaba listo en más de un aspecto, pensó Ian, aunque sabía que ella se refería a que llevaba el bañador puesto.

-Sí, así podemos darnos el baño lo primero y después disfrutar de la cena. La traerán dentro de un par de horas. Pero si quieres que cenemos antes…

-No. Así haremos hambre.

Ian sonrió. Haría todo lo posible porque estuviese hambrienta de entonces a un par de horas.

-Déjame que te lleve la bolsa.

Al agarrarla, se dio cuenta de que pesaba mucho.
-Ya sabes que no sé viajar con pocas cosas -dijo ella, sonriendo.
-¿Qué haces cuando vas de misión?
-Eso es diferente.
-Llevaré tus cosas al dormitorio. Puedes cambiarte allí si quieres. Si no, puedes utilizar la habitación de invitados.
-Me cambiaré en tu dormitorio.
Ian se apartó para dejarla pasar, y sintió cómo se excitaba al verla subir las escaleras delante de él.
Decidió no subir detrás de ella, por si perdía el equilibrio. Al llegar arriba, Brooke se dio cuenta de que Ian no la seguía, y se dio la vuelta. Ian estaba todavía en el cuarto escalón.
-¿Ocurre algo?
-Nada. Es sólo que vamos a tener que hacer algo con ese vestido.
Ella se apoyó en la barandilla, e Ian se preguntó si sabía que desde donde estaba y con esa pose, podía ver por debajo de su vestido.
-¿Qué sugieres que hagamos?
Ian parpadeó y la miró a los ojos. Se había quedado en blanco.
-¿Que hagamos con qué?
-Con mi vestido -rió ella.
-Podemos quemarlo.
-Eso no. Es de diseño.
-¿De verdad?
-Sí. ¿No te gusta?
-Me gusta demasiado. Será mejor que te pongas el bañador antes de que cambie de opinión y decida que hagamos otra cosa mejor que nadar.
Empezó a subir las escaleras. Cuando llegó arriba, le tendió la bolsa de viaje.
-Será mejor que me quede aquí si no…
-¿Sino, qué?
-Que no me importaría hacerte el amor aquí mismo, apoyada en la barandilla.
Ian había estado soñando con ella desde que se habían despedido en la cafetería. Brooke sonrió y agarró la bolsa.
-Va a ser una tarde muy interesante.
-No lo dudes.

Ian no podía esperar más. Tenía que meterse en la piscina para refrescarse. O eso, o subía a buscar a Brooke. Pero sabía que entonces no cenarían.

Pensó en Brooke en el campo de golf. Siempre había aprendido, rápido y el golf no era una excepción. Si practicaba un poco, podía convertirse en una buena jugadora.

Y durante la comida, había estado a punto de besarla. Lo había excitado la manera en que ponía la pajita de plástico en sus labios para beberse el refresco.

Estaba nadando en la piscina cuando oyó su voz.

-¿Así que no me has esperado?

Se giró y dio gracias de estar en la zona en la que hacía pie. Si no, se habría ahogado. Brooke llevaba puesto el traje de baño más minúsculo que Ian había visto en toda su vida.

Se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a meterse en el agua.

-Ven aquí.

Brooke tragó saliva; al levantarse, Ian había dejado en evidencia lo excitado que estaba. No obstante, se acercó hasta donde él estaba y aceptó su mano.

-¿Sabes que estás jugando con fuego, Brooke? -le preguntó él cuando estuvieron tan cerca que Brooke podía sentir su erección contra su cuerpo.

-No creo -fue lo único que se le ocurrió contestar a ella, ya que sus ojos la tenían cautivada.

-Te aseguro que sí. Y dado que estás jugando con fuego, quiero ver cuánto eres capaz de calentarte.

-Eso ya lo sabes, Ian.

Él la tomó por la cintura y la acercó aún más hacia él. Ian sonrió. Claro que lo sabía. Ésa era una de las cosas que mas le gustaba de Brooke, su capacidad para dejarse llevar cuando hacían el amor. El que ya estaba que ardía era él. Nada había cambiado en esos cuatro años.

Brooke le había dicho que sus hormonas estaban revolucionadas. Pero eso era porque no había tenido vida sexual después de él. No hacía falta ser científico para saberlo. Se había dado cuenta la primera vez que había vuelto a penetrarla. Fuese cual fuese la razón por la que no había vuelto a acostarse con ningún hombre, él tenía

la intención de hacer que recuperase el tiempo perdido.

En esos momentos no podía pensar en sacarla de su vida para siempre. De pronto, toda la sangre de su cerebro estaba por debajo de la cintura. En aquella parte de su cuerpo que más la deseaba.

-Pensé que íbamos a nadar -murmuró Brooke cuando vio que la iba a besar.

-Después.

Sus labios la devoraron con todo el anhelo que tenía contenido en él desde que habían hecho el amor la última vez. ¿Había sido aquella misma mañana? No era posible.

Como de costumbre, los labios de Brooke sabían a gloria. La besó con pasión, pero no le pareció suficiente. Sin separar sus labios de los de ella, le desató la parte de arriba del bikini. Ya sólo le quedaba la parte de abajo.

Se separó de ella, se arrodilló y empezó a bajarle las braguitas mientras le acariciaba la parte interna de los muslos. Luego se puso en pie.

-Pon tus piernas alrededor de mi cintura, Brooke.

Cuando lo hizo, la penetró en el mismo instante en que metía la lengua dentro de su boca. Así enganchados, Ian se dirigió hasta el bordillo de la piscina. Nunca habían hecho el amor en una piscina. Él había oído que el agua era un lugar ideal para hacerlo, y quería comprobarlo. Cuando Brooke estuvo apoyada contra la pared, él empezó a moverse en su interior.

Brooke cerró los, ojos y disfrutó de la intensidad de los empellones de Ian. Lo agarró por los hombros y gimió. Ian era un amante increíble, que sabía darle justo lo que más necesitaba. Lo que quería. Unos segundos antes de que fuese a tener un orgasmo, Ian salió de ella y la puso de espaldas a él.

-Apóyate en el bordillo, cariño -le susurró al oído.

La agarró por las caderas y le separó las piernas, penetrándola desde atrás. La abrazó y la besó en el hombro al mismo tiempo.

-¿Estás bien?

-Sí. Pero ya sabes lo que quiero.

-No. ¿Qué quieres?

-Quiero más. ¡Y ahora!

Ian suspiró y empezó a moverse. Cada vez que la empujaba, hacía que un escalofrío le recorriese el cuerpo. Ella gimió cada vez

que sintió las caderas de Ian chocar contra su cuerpo.

Brooke gritó al mismo tiempo que él decía su nombre y le agarraba las caderas con fuerza. Y cuando se vació en su interior, el líquido caliente la estimuló todavía más y experimentó un segundo orgasmo.

Brooke ronroneó como un gatito al que le acabasen de dar de comer. Sabía que, pasase lo que pasase cuando se separasen, aquel momento era suyo y nada más que suyo. Nadie podría quitarle esos recuerdos.

Capítulo Ocho

En vez de enfriarse su relación, Ian y ella cada vez se deseaban más, pensó Brooke casi una semana después, mientras paseaba por la orilla del lago por la tarde. Todas las mañanas se despertaban abrazados y ella estaba pasando más tiempo en el ático de Ian que en su propio alojamiento.

Habían hecho juntos casi de todo. Habían salido otra vez a navegar, habían vuelto a jugar al golf un par de veces, Ian la había enseñado a jugar al póquer y una noche habían cocinado juntos en la cocina del ático.

Paseaban y charlaban de muchas cosas: de lo que pensaban de la situación económica del país, de la guerra y de los huracanes, que cada vez eran más fuertes. De lo que no hablaban era de lo que ocurriría cuando ella se marchase del casino el domingo, tres días más tarde. Brooke sabía que las cosas no volverían a ser como antes. Por muy bien que estuviesen juntos en esos momentos, no habría una segunda oportunidad. Sabía que Ian no confiaría en ella como al principio.

Durante los dos últimos días, Ian había estado muy ocupado con los preparativos de la fiesta de Delaney. Le había pedido que fuese a la fiesta con él y le había dicho que le explicaría a su familia que no volvían a estar juntos, pero que habían decidido ser amigos.

Amigos y nada más.

A Brooke se le rompía el corazón, pero no podía hacer nada para cambiar las cosas. Había pasado lo que ella había imaginado que ocurriría. Intentando olvidarse de Ian, se había enamorado todavía más de él. Pero él no la amaba.

El sonido de su teléfono móvil la sacó de sus pensamientos.

-¿Dígame?

-¿Cómo van las cosas, Brooke?

La sorprendió oír la voz de Malcolm. Habían quedado en que ella lo llamaría sólo si tenía que informarlo de algo. Se marcharía del Rolling Cascade en un par de día y, hasta ese momento, lo único que sabía era que Ian estaba limpio.

-Todo va bien, Malcolm. ¿Para qué me llamas?

-Da la casualidad de que me he enterado de algo que podría interesarte.

-¿El qué?

-El príncipe jamal Ari Yasir va a dar una fiesta de cumpleaños a su esposa y va a regalarle un cofre con diamantes por valor de más de quince millones de dólares.

-Ya lo sabía.

-¿Cómo has conseguido esa información? Se supone que no lo sabe prácticamente nadie.

-Me lo ha contado Ian. Estoy segura de que sabes que la esposa del jeque es prima hermana suya.

-¿Y confía en ti como para contártelo?

Brooke pensó en lo que le estaba preguntando Malcolm. Sí, Ian confiaba en ella lo suficiente.

-No debió parecerle importante. Sabe que no voy a ir contándolo por ahí. ¿Qué tiene que ver eso con nosotros?

-Que nos han informado de que es posible que haya un robo en el Rolling Cascade este fin de semana. Y el objetivo son los diamantes.

-Ian tiene un equipo de seguridad excelente. Los he visto trabajar. Además, las joyas han llegado esta mañana y están en una cámara acorazada vigilada por vídeo veinticuatro horas al día.

-Ya, pero éstos son ladrones profesionales. Dicen que se trata de la Banda de Waterloo.

-¿Estás seguro? -preguntó Brooke, tragando saliva.

La banda estaba especializada en el robo de obras de arte y joyas. Era un grupo con mucha movilidad, que iba de ciudad en ciudad y de país en país. El FBI llevaba años tras su pista. En su anterior golpe, a principios de ese mismo año, habían saqueado una joyería de San Francisco y se habían llevado más de diez millones de dólares en joyas. Seis meses antes habían robado en un museo por valor de treinta millones.

-No puedo asegurarte que la información sea cierta. Pero no queremos arriesgarnos. A pesar de que el príncipe Yasir está casado con una estadounidense, todavía se le considera un aliado muy importante para nuestro país, y no queremos que las relaciones se enfríen.

-Imagino que no le gustaría que le robasen el regalo de cumpleaños de su esposa.

-¿No has visto nada extraño?

-La verdad es que no. Hay ludópatas, adúlteros y gente con doble personalidad -comentó, pensando en la mujer con la que había tropezado la semana anterior. Había vuelto a verla, y unos días estaba mucho más simpática que otros-. Lo habitual en un casino.

-Bueno, infórmame si ves algo. La razón por la que esta banda tiene tanto éxito es que su gente suele llegar al sitio del robo mucho antes de dar el golpe, para estudiar el lugar.

-¿Vais a informar a Ian de esto?

-No hasta que no sepamos si la información es cierta.

-Eso no está bien, Malcolm -comentó ella, frunciendo el ceño-. Puede que entonces sea demasiado tarde. Él también tiene que tomar precauciones. No me pidas que no se lo cuente.

Se hizo un silencio y Brooke esperó que su jefe no le prohibiese que informase a Ian. Iba a decírselo de todas maneras. Si la despedían por ello, correría el riesgo.

-Quiero que sepas que le han dado el Caso Waterloo a Walter Thurgood.

-¿Por qué?

-Porque si nuestro informante tiene razón y él consiguiese pillarlos, eso le daría muchos puntos. Alguien de arriba quiere que a Thurgood le vayan bien las cosas.

-Sí, como si no supiéramos quién es -comentó Brooke con sarcasmo-. Sinceramente, a mí lo único que me importa es que Ian sepa lo que puede ocurrir.

-Llámame si te enteras de algo. Pero recuerda que no estamos seguros de que vaya a cometerse el robo.

-De acuerdo.

Ian sonrió mientras hablaba por teléfono. Siempre le había gustado hablar con su madre. Sarah Westmoreland estaba feliz por haber

casado ya a dos de sus hijos, y estaba empeñada en colocar al resto antes o después.

Y aquel día estaba encantada. Durango le había dicho que era posible que Savannah estuviese embarazada de gemelos.

Ian sacudió la cabeza. No conseguía acostumbrarse al hecho de que Durango estuviese casado y, mucho menos, que fuese a ser padre, pero eso demostraba que algunas cosas eran inevitables.

Como lo que estaba ocurriendo entre Brooke y él.

Se acercó a la ventana y observó el lago Tahoe, que estaba más bonito que nunca. O quizás se lo parecía a él, que estaba de muy buen humor. Gracias a Brooke.

Al pasar tanto tiempo con ella, se había dado cuenta de que lo que faltaba en su vida era lo que había tenido cuatro años antes. Pero en aquellos momentos, al despertarse a su lado, mirarse en sus ojos y disfrutar de su sonrisa, se sentía feliz. Los momentos que habían pasado juntos a lo largo de la última semana y media habían sido maravillosos. Y sólo de pensar en las noches que habían compartidos, se le cortaba la respiración.

Durante los últimos años había intentado olvidarla y reemplazarla con otras mujeres. Pero no había conseguido desear más a ninguna otra y, por supuesto, ninguna había conseguido conquistar su corazón. No era posible que Brooke fuese a marcharse tres días más tarde. Quería olvidar lo que los había separado en el pasado y seguir disfrutando del presente.

Sonrió más al pensar en que esa misma noche le confesaría a Brooke lo que sentía. La amaba y siempre la amaría. No había contado con que volvería a enamorarse de ella otra vez y, si era honesto consigo mismo, tenía que admitir que, en realidad, nunca había dejado de quererla. ¿Cómo había podido querer olvidarse de ella? Lo que quería realmente era que formase siempre parte de su vida.

Se dirigió al teléfono. Quería que aquella noche fuese inolvidable para ella.

-¿Brooke?

Ella iba en dirección a la oficina de Ian cuando oyó que alguien la llamaba. Cruzó el hall para abrazar a Tara Westmoreland.

-Tara, ¿cuándo has llegado?

-Hace un par de horas. Jamal me ha pedido que supervise los

preparativos de la fiesta de Delaney, y he pensado que lo mejor sería llegar con un par de días de antelación. Ian está con Thorm, enseñándole algunas mejoras, y yo me he quedado dando una vuelta. ¿Pero qué haces tú aquí? ¿También has decidido venir un par de días antes de la fiesta?

-No. Llevo aquí una semana y media. Estoy de vacaciones.

-Humm.

-No es lo que tú piensas.

Tara sonrió y la agarró de la mano.

-Ven. Vamos a charlar un rato entre chicas.

-Un daiquiri virgen de fresa -pidió Tara a la camarera.

-Lo mismo para mí -añadió Brooke-. ¿Cómo vais a sorprender a Delaney?

-Jamal va a traerla directamente desde Tahran. Ella piensa que viene a una reunión con Ian, Thorm, Spencer y Jared, así no sospechará cuando nos vea aquí. También piensa que Jamal va a llevarla a Francia a celebrar su cumpleaños después.

Hizo una pausa cuando la camarera les llevó las bebidas.

-La mayor parte de la familia y de los otros invitados llegará el mismo día de la fiesta, o el día antes. Jamal tendrá que mantenerla ocupada para que no los vea -continuó Tara-. Lo bueno es que van a estar todos alojados en la otra punta del complejo, así habrá menos posibilidades de que Delaney se los encuentre.

-¿Y cuándo llegará ella?

-Mañana.

-¿No crees que sospechará si me ve a mí?

-No -negó Tara, sonriendo-. Dará por hecho, igual que el resto, que Ian y tú por fin habéis hecho las paces y volvéis a estar juntos. ¿Es eso cierto, Brooke?

A ella le habría gustado contestar que sí. Pero no podía.

-No. Hemos decidido volver a ser amigos. Creo que es lo correcto. Yo le tengo mucho cariño a Ian.

-Claro que sí. Todavía estás enamorada de él -rió Tara.

-¿Tan mal disimulo? -preguntó Brooke, sonrojándose.

-Yo también estoy enamorada de un Westmoreland. Y una vez que te enamoras de ellos, es difícil olvidarlos.

Brooke estaba de acuerdo con ella. En cuatro años no había conseguido dejar de quererlo.

-¿Y qué se supone que debo hacer?

-Me gustaría poder ayudarte -dijo Tara-. Todos sabemos que Ian es un hombre inteligente. Pero, desgraciadamente, tiene tendencia a analizar demasiado las cosas. No obstante, estoy segura de que si lo piensa bien, se dará cuenta de que eres lo mejor que le ha pasado en toda su vida.

Brooke tenía la esperanza de que Tara tuviese razón. Pero había muchas cosas que él no sabía, como la verdadera razón por la que había ido al Rolling Cascade. Si Ian conseguía olvidar lo que había ocurrido cuatro años antes, ¿cómo se sentiría si se enterase de que le había mentido acerca de la verdadera razón de su viaje?

-No mires, pero por ahí llegan nuestros dos hombres -anunció Tara-. Estoy segura de que pueden olernos. Es imposible esconderse de ellos.

Brooke miró y sus ojos se cruzaron con los de Ian. Se le aceleró tanto el pulso que le empezó a temblar la mano y tuvo que dejar la copa encima de la mesa para que no se le cayese.

La sorprendió que fuese Thorm quien la hiciese levantarse de la silla para darle un abrazo. Thorm, que solía ser el más hosco de todos los Westmoreland, había cambiado mucho. Parecía que el matrimonio le había sentado bien. Brooke recordó que en la boda de Dare la relación entre Thorm y Tara no era mucho mejor que la suya con Ian. Un par de meses más tarde, Delaney la había llamado y le había contado que Thorm y Tara iban a casarse. La habían invitado a la boda pero, para no incomodar a Ian, había dicho que no podía ir.

-¿Te ha dado ya Tara la noticia? -le preguntó Thorm a Brooke.

-No, ¿cuál es esa buena noticia?

-Que vamos a tener un bebé.

Brooke le dio un fuerte abrazo a Tara.

-Enhorabuena. No lo sabía.

-Nos hemos enterado hace sólo un par de días, todavía no se lo hemos dicho a nadie -le explicó Tara, sonriendo.

-Es estupendo. Hay que celebrarlo, ¿no crees, Ian? -sugirió Brooke, mirándolo.

-Sí, pero esta noche no podrá ser, ya tengo planes para la cena.

-Oh -Brooke se quedó sorprendida.

-Ven a las seis al invernadero.

-De acuerdo.

-Odio correr, pero tengo una reunión a las cuatro -anunció Ian, mirándose el reloj.

Brooke sabía que tenía que contarle su conversación con Malcolm.

-¿Ian, puedo hablar contigo un minuto?

-Ahora tengo mucha prisa, cielo. Pero luego tendremos tiempo de hablar. Te lo prometo.

Y se marchó.

Brooke se miró de arriba abajo mientras subía en el ascensor privado de Ian. Vestía unos pantalones color chocolate y una camisa beige de manga corta. A pesar de que Ian le había dicho que era una cena especial, no le había dicho que debiese arreglarse demasiado. Ella dio por hecho que estarían los dos solos e imaginó que no importaba que fuese con ropa informal.

Le pareció que el ascensor subía más rápido que otros días. Antes de que le diese tiempo a tomar aire, ya estaba en el invernadero.

La puerta se abrió automáticamente y allí estaba él, esperándola. De repente Brooke sintió calor. Ian dio un paso al frente y ella vio que detrás de él había una mesa con velas para dos personas.

-Espero no llegar demasiado temprano.

-Estoy encantado de que estés aquí -dijo él, dándole la bienvenida con un beso.

En aquel momento, nada importaba, ni siquiera el hecho de que lo que quizás quisiese hacer Ian aquella noche fuese despedirse de ella antes de que la fiesta de Delaney lo absorbiese por completo. Si ésa era la intención, a Brooke no le importaba. No se arrepentía del tiempo que había pasado con él durante esos días.

Ian apartó los labios de ella, pero siguió abrazándola.

-Me parece que aquella noche nos besamos bajo una estrella fugaz -comentó en voz baja-. Desde entonces, sólo ha habido pasión entre nosotros.

Ella sonrió, pensando en todos los momentos que habían pasado juntos desde aquella noche. Estaba de acuerdo con él.

-Siempre ha habido mucha pasión entre nosotros, Ian -le recordó.

-Sí, siempre fue así. ¿Sabes que por tu culpa no soy capaz de

estar con ninguna otra mujer?

-¿De verdad?

-Sí. He intentado olvidarme de ti, Brooke. Pero no he podido.

Ella suspiró. No era la despedida que ella había imaginado. Era más bien una confesión. Decidió hacer lo mismo que él.

-Yo ni siquiera he intentado olvidarte, Ian. No habría servido de nada. Tú fuiste mi primer amante, y las chicas nunca olvidamos al primero.

-Cielo, me parece que fui el primero y que soy el único. ¿Vas a negarlo?

-No. No podía soportar la idea de que otro hombre me tocase.

Ian la abrazó. Lo conmovió oírla admitir semejante cosa.

-¿Ian?

-¿Sí?

-No entiendo por qué estamos hablando de esto -admitió, confundida.

-Vamos a cenar. Luego te lo explicaré.

-De acuerdo. Pero tengo que contarte algo.

Él volvió a acercarse a ella y le dio otro beso.

-Después de la cena.

Ian la acompañó a la mesa y la ayudó a sentarse.

-¿Quieres vino?

-Sí, por favor.

-Le he pedido al chef que nos prepare algo especial esta noche.

-¿El qué?

-Ya lo verás -contestó él, riendo. En ese momento sonó el timbre del ascensor-. Ya está aquí la cena.

Media hora después, Brooke estaba convencida de que no había nada más romántico que cenar bajo el cielo estrellado, en especial, en compañía de Ian Westmoreland. La cena era deliciosa. Unos rollos de levadura que se deshacían en la boca, un filete a la brasa, patatas asadas, brócoli y la ensalada más fresca que había probado en toda su vida. Para terminar, su postre favorito: tarta de queso con mermelada de fresa.

Durante la cena, Ian compartió con ella su sueño de abrir otro casino en las Bahamas. También mencionó la conversación que había tenido con su madre y lo contenta que estaba ésta con la idea de que Durango tuviese gemelos.

-No puedo imaginarme a Durango casado -dijo Brooke.

El hermano de Ian había sido el hombre más ligón que ella había conocido. Pero también era muy agradable, y a Brooke le caía muy bien.

-Yo tampoco podía imaginármelo al principio. Pero lo entenderás cuando conozcas a Savannah. Se casaron porque estaba embarazada, pero ahora estoy seguro de que Durango la quiere. Parece que ha caído otro de los solteros de la familia.

-Sí, eso parece.

Brooke bajó la cabeza para beber un poco de vino y evitar mirar a Ian a los ojos. Lo había sorprendido mirándola fijamente en varias ocasiones.

Cuando hubieron terminado de cenar él se levantó de la mesa y fue a poner música, un tema lento, instrumental, de Miles Davis. Luego fue hacia donde ella estaba y le ofreció la mano.

-¿Bailas conmigo, Brooke?

Brooke suspiró y se preguntó adónde quería ir a parar. La idea de que Ian hubiese preparado todo aquello como despedida la inquietaba. Cuando él la abrazó, ella apoyó la cabeza en su pecho y luchó por reprimir las lágrimas. Todavía no había terminado la canción cuando Brooke se apartó de él; no podía soportarlo más.

-¿Brooke? ¿Qué ocurre?

-Lo siento, Ian, pero no aguanto más. No tenías que haberte molestado en preparar todo esto. Dime lo que tienes que decirme y me marcharé.

A Ian le dio la sensación de que lo que él quería decirle no era exactamente lo que ella esperaba.

-¿Qué crees que es lo que voy a decirte, Brooke?

-Lo típico. Adiós. Sayonara. *Arrivederci. Au revoir.* Puedes elegir. Todas significan lo mismo. -Y si te digo, *J'e t'aime. Kimi* o *al shiteru. Nakupenda*. Te amo. También se lo he oído decir en árabe a Jamal, *Ana behibek*.

Agarró a Brooke de la barbilla para obligarla a mirarlo a los ojos, y añadió:

-Te lo digo de verdad, Brooke. Nunca he dejado de quererte, aunque bien es cierto que lo he intentado. Pero no he podido. Después de pasar estos últimos días contigo, me he dado cuenta de lo que significas para mí. He vivido sin ti durante los últimos cuatro

años, pero eso es todo. El día que entraste en mi despacho y volví a oler tu perfume, supe que te había echado de menos, y esta misma mañana, cuando por fin he decidido admitir lo importante que eres en mi vida, he decidido que no volvería a dejarte marchar.

A Brooke le dio la sensación de que se le iba a salir el corazón del pecho, porque sabía que si Ian se enteraba de la verdadera razón de su visita, cambiaría inmediatamente de opinión. Tenía que contárselo todo.

-Ian, tengo que contarte algo.

-Parece serio, pero en estos momentos lo único que quiero oír es que tú también me quieres.

-Oh, Ian. Claro que te quiero. Yo tampoco he dejado de quererte nunca.

-Eso es lo más importante para mí.

Se acercó más a ella y le dio un beso que hizo que Brooke se olvidase de todo lo demás.

Cuando Brooke se despertó a la mañana siguiente en la cama de Ian, éste ya se había marchado. Habían hecho el amor bajo las estrellas y después habían bajado a su habitación para volver a hacerlo en la cama.

Se destapó, tenía que encontrarlo inmediatamente y contarle lo que estaba pasando. Cuanto antes lo supiese, mejor. Media hora después, se encontró con Vance en el vestíbulo.

-¡Eh! -exclamó él, agarrándola-. ¿Adónde vas tan deprisa?

-¿Dónde está Ian, Vance?

-Está con Jared y Dare. Han llegado con sus esposas esta mañana. ¿Pasa algo, Brooke?

-Espero que no, pero hay que tomar todas las precauciones.

-De acuerdo. ¿Quieres contármelo a mí?

-Sí, pero antes tengo que encontrar a Ian.

-Eso no es un problema -dijo él, sacando el teléfono móvil del bolsillo de su chaqueta-. ¿Ian? Te necesitamos. Brooke y yo vamos hacia tu oficina. Nos vemos allí.

Vance colgó y volvió a guardarse el teléfono en la chaqueta, sonrió y agarró a Brooke del brazo amablemente.

-Ven. Ian va para allá.

Ian llegó un par de minutos después de ellos. Entró en la oficina con

Dare. Dare Westmoreland era alto y muy guapo, como los otros hombres Westmoreland. En otras circunstancias, Brooke se habría puesto muy contenta al ver a su mentor, pero en ese instante hubiese preferido no tener público cuando le dijese a Ian todo lo que tenía que decirle; incluida la razón por la que había ido hasta allí a pasar dos semanas. Pensó rápidamente que lo mejor sería omitir esa parte por el momento. Ya se lo contaría después. Pero tenía que contarle su conversación con Malcolm.

Dare la abrazó cariñosamente. Cuando se separó de ella, fue Ian quien la tomó en sus brazos.

-¿Brooke, qué pasa? ¿Estás bien?

-Sí -respondió ella, sonriendo-, pero ayer me enteré de algo y tengo que contártelo. Lo intenté anoche, pero…

-De acuerdo, ¿quieres contármelo ahora? ¿O es algo privado, entre nosotros dos?

-No, de hecho, Vance tiene que estar al corriente y es posible que Dare pueda ayudarnos con su experiencia.

-Parece importante -dijo Ian, frunciendo el ceño.

-Quizás lo sea.

-Entonces, cuéntanoslo.

Durante los siguientes veinte minutos, Brooke repitió su conversación con Malcolm y Dare y Vance la fueron interrumpiendo con sus preguntas. Ambos conocían a la banda de Waterloo.

-¿Tú qué opinas? -le preguntó Ian a Vance.

-Que deberíamos hacer lo que dice Brooke y tomar ciertas precauciones.

-Estoy de acuerdo -admitió Ian, y luego miró a Brooke-. Según lo que nos has contado, esta banda suele llegar al lugar del robo con antelación, ¿verdad?

-Sí.

-Eso quiere decir que es probable que ya estén aquí.

-Es más que probable -añadió Brooke-. Pero tienes que pensar que no es una información contrastada. El departamento está todavía investigando su veracidad.

-En ese caso, ¿quién te ha dado autoridad para compartir la información con Ian? -preguntó Dare.

Brooke miró a Dare a los ojos. Sabía lo que le estaba preguntando y por qué.

-Nadie, Dare, pero sentí que Ian tenía que saberlo. Incluso si no es cierto, es mejor que esté preparado.

-Y si es cierto -comentó Vance, enfadado-, los estaremos esperando.

-Hay que prepararse. Vamos a la sala de seguridad -dijo Ian-. Quiero hablar un momento con Brooke, id vosotros dos delante.

Cuando Vance y Dare se hubieron marchado, Ian se apoyó en una esquina de su escritorio. Suspiró y miró a Brooke fijamente.

-Te veo muy nerviosa. ¿Hay algo más que quieras contarme? Me estás ocultando algo.

Brooke suspiró. Había llegado la hora de la verdad.

-Sí, no quería decírtelo delante de Vance y Dare.

-¿Qué pasa?

-Vine a pasar dos semanas al casino por otra razón.

-¿No viniste a descansar?

-No.

-¿Viniste a seguir a la banda de Waterloo?

-No, no tiene nada que ver con eso -admitió, acercándose a la ventana e intentado mantener la compostura.

-¿A qué viniste entonces?

-Por ti. Me pidieron que viniese a comprobar que estabas limpio. Pero nunca…

-¿Qué? ¿Estás diciendo que viniste a espiarme y que todas las noches que hemos pasado juntos no eran nada más que trabajo para ti? ¿Sólo he sido otra misión más?

-¡No! ¡Yo no he dicho eso! ¿Cómo puedes pensar semejante cosa? En realidad no era una misión oficial y…

-¡No quiero oír nada más! -exclamó Ian, enfadado.

-Ian, por favor, deja que te lo explique -le pidió ella, agarrándolo de la mano.

-No. No tienes nada que explicar. Ya lo has dicho todo.

Capítulo Nueve

Vance y Dare miraron a Brooke cuando ésta entró en la sala de seguridad.

-¿Dónde está Ian? -preguntó Vance.

-No estoy segura. Ha salido de la oficina un par de minutos antes que yo.

-He pedido a mis hombres que pongan las cintas de la cámara acorazada para ver si hay alguien que pasa por allí cerca con frecuencia -le explicó Vance.

Luego se volvió hacia el hombre que estaba sentado delante de una pantalla, y le pidió:

-Enséñanos lo que tienes, Bob.

Antes de que Bob pudiese hacer nada, apareció Ian. Todos lo miraron, pero nadie dijo nada. Era evidente que no estaba de buen humor. Vance le explicó lo que iban a hacer.

-Adelante, Bob.

Vieron una media hora de grabación, durante la cual nada llamó su atención. En un determinado momento, Brooke se volvió hacia Ian y lo sorprendió mirándola. Su expresión casi le rompió el corazón. Había echado a pique todos los progresos que habían hecho en esa semana y media.

-Para un momento -dijo Vance a Bob, llamando la atención de Brooke-. Acerca la imagen.

En la pantalla apareció una mujer pelirroja. Vance se encogió de hombros, y dijo:

-De acuerdo, continúa. Por un instante pensé que me recordaba a alguien.

Brooke se puso en pie y miró más de cerca de la mujer.

-Espera un momento.

-¿Qué? -preguntó Dare.

-Tengo un presentimiento.

-Eso quiere decir que quizás tengamos algo -dijo Dare, riendo.

-¿Podemos echarle un vistazo al casino? -pidió Brooke.

Vance asintió y Bob cambió de pantalla y vieron a las personas que había pululando por el casino. Dare volvió a reír.

-Mi mujer está gastando más de lo normal -comentó cuando Shelly Westmoreland apareció en la pantalla.

-¿Puedes decirnos qué estamos buscando? -preguntó Ian.

-¿Recuerdas que te mencioné que la semana pasada me había tropezado con una mujer en una tienda y que al día siguiente no se acordaba de mí?

-¿Qué pasa con ella? -inquirió Ian.

-Me había llamado la atención que cada vez que me la encontraba en el casino actuaba de una manera diferente. Siempre me dio malas vibraciones. Era como si tuviese doble personalidad.

-Quizás no tenía un buen día cuando te la encontraste -comentó Dare.

-Es posible. Pero hay más cosas, aunque no sé muy bien el qué. El primer día que la vi, cuando tropecé con ella, me dijo que no pasaba nada por haber chocado, que iba a no sé dónde, pero que siempre llegaba temprano e iba sobrada de tiempo. La siguiente vez, cuando la vi en el campo de golf, comentó que llegaba tarde.

Brooke volvió a observar el monitor.

-Ahí está. La rubia que está al lado de ese tipo alto de pelo largo, moreno. Se supone que es su marido.

Todos miraron el monitor con curiosidad.

-Quiero saber quiénes son, Bob -pidió Vance.

Momentos después aparecía la información en la pantalla. La mujer era Kasha Ferder, y el hombre, Jeremy Felder. Vivían en Londres. No tenían antecedentes.

-Ahora haz lo mismo con la mujer pelirroja.

-Qué raro -comentó Bob-. No aparece su perfil. Es como si no existiese.

Brooke asintió y miró a Vance. Él supo inmediatamente lo que quería.

-Compara los rostros de las dos mujeres -ordenó Vance.

Momentos después todos se dieron cuenta de que, a pesar de que

el color de pelo no era el mismo, la estructura facial era idéntica. La mujer era rubia en realidad, y en la otra toma llevaba una peluca pelirroja.

-¿Es la misma? -preguntó Ian, colocándose al lado de Brooke.

-Me parece que no -dijo Brooke.

-¿Gemelas?

-Eso creo, lo que explicaría la doble personalidad. Pero me da la sensación de que hay algo más. ¿Podemos ver las cintas de la cámara acorazada de la semana pasada?

-Por supuesto -asintió Vance.

Brooke rió. Casi podía sentir cómo le corría la adrenalina por las venas al jefe de la seguridad.

-¿Qué estamos buscando exactamente? -les preguntó Ian.

Brooke levantó la cabeza para mirarlo y se le aceleró el pulso.

-A una tercera mujer.

-¿Trillizas? -preguntó Dare.

-Es posible. Estas dos llevan una pulsera en el brazo derecho. Uno de los días me fije en que la llevaba en la mano izquierda.

Momentos después se dirigió a Bob:

-Rebobina un segundo y ralentiza la imagen. Eso es. La mujer morena, con el pelo rizado. Amplíala un momento.

Bob hizo lo que Brooke le pedía y todos se dieron cuenta de que era evidente que había tres mujeres distintas con la misma estructura facial. Las tres eran rubias naturales. Trillizas.

-Maldita sea -dijo Vance-. No me extraña que tengan éxito en sus operaciones. Trillizas. Y no sabemos quién más estará implicado.

-¿Piensas que pueden tener un cómplice en el casino? -preguntó Ian a Vance.

-Es muy probable. Bob, muéstranos las grabaciones de hace una semana y media. Lo que quiero saber es si se han encontrado con alguno de nuestros empleados, aunque parezca que es por casualidad.

Encontraron la respuesta tres horas más tarde. La trilliza morena de pelo rizado se había encontrado dos veces con Cassie, que trabajaba en las oficinas del casino. Vieron incluso cómo ésta le daba un sobre a una de ellas.

-Me parece que hemos visto suficiente -sentenció Ian, enfadado.

-Sí -asintió Vance-. Por ahora. Voy a buscar a Cassie y hacerle

algunas preguntas. Sólo tiene veintitrés años, y cuando le mencione que va a ir a la cárcel seguro que acaba contándonoslo todo.

-¿Y después? -preguntó Ian, recordando todas las veces que la joven había intentado acercarse a él.

Vance sonrió. Era evidente que su mente no dejaba de trabajar y que estaba barajando varias posibilidades.

-Después tenderemos una trampa a la banda de Waterloo. Una trampa que los dejará fuera de juego para siempre.

Vance tenía razón, Cassie acabó confesando y les explicó que había conocido a un hombre en el casino, un tal Mark Saints, un británico que quería pasárselo bien. Había subido a su habitación una noche y habían estado drogándose. Mientras ella estaba inconsciente, él había grabado un vídeo que luego había utilizado para chantajearla y obligarla a que hiciese lo que él quería: darle información acerca de las joyas y del lugar en el que estaba la cámara acorazada.

Cassie no sabía mucho más, no tenía ni idea de cómo iban a dar el golpe. Pero mencionó que Mark y una mujer que decía ser su hermana estaban especialmente interesados por el sistema de seguridad y por la localización de las cámaras de vídeo.

Brooke salió de la sala de seguridad a final de la tarde. No era capaz de seguir soportando el desdén de Ian. Caminaba por el hall cuando oyó que la llamaban. Sonrió al ver a Tara, a Shelly y a otra mujer a la que no conocía. Se la presentaron, era Dana, la esposa de Jared, otro hermano de Ian. A Brooke le cayó bien inmediatamente.

-¿Quieres cenar con nosotras? -preguntó Shelly, sonriendo-. Nuestros maridos nos han abandonado por el póquer y luego van a ir al ático de Ian a ver qué más tonterías se les ocurre hacer.

-Por supuesto -accedió Brooke.

Los últimos días había cenado con Ian, pero tenía la sensación de que aquella tarde no querría su compañía.

-¿Ha llegado ya Delaney? -añadió.

-Sí -rió Tara-. Han llegado a mediodía.

-¿Y sigue sin preocuparte que pueda encontrarse con alguien?

-No. Le han ordenado a Jamal que mantenga ocupada a su esposa durante los dos próximos días, y estoy segura de que lo conseguirá. Delaney va a pasar mucho tiempo en su habitación… no sé si sabes a lo que me refiero.

Brooke sacudió la cabeza, sonriendo. Se imaginaba lo que quería

decir Tara.

-¿No está embarazada?

-Sí, pero créeme, eso no es un obstáculo. Después de cinco años de matrimonio la atracción entre Delaney y su jeque sigue siendo tan fuerte que a Jamal no le costará nada de trabajo tenerla encerrada durante cuarenta y ocho horas.

Brooke disfrutó de la cena con las otras tres mujeres. Después, visitaron varias tiendas juntas, en especial la de lencería que había en el vestíbulo. Decidieron que se acostarían temprano, así que cada una se dirigió a su habitación antes de las nueve de la noche.

Brooke se dio un baño en el jacuzzi y luego se puso un camisón.

Le habían puesto una trampa a la banda de Waterloo para sorprenderlos con las manos en la masa.

Brooke había tomado la decisión de que en cuando atrapasen a los ladrones, se marcharía. No iría a la fiesta de cumpleaños de Delaney. A pesar de que se suponía que iba a ser la acompañante de Ian, imaginaba que a él ya no le apetecería que lo acompañase.

Una vez en la cama, no pudo contener las lágrimas por más tiempo. Si al menos Ian la hubiese dejado explicarse. Había vuelto a decepcionarlo. No confiaba en ella y, sin confianza, no podía haber amor.

-Eh, Ian. ¿Quieres jugar al black jack con nosotros?

Ian siguió mirando por la ventana de su ático. Cerró los ojos y recordó la noche en que había hecho el amor con Brooke en la misma mesa de black jack en la que Jared, Dare y Thorm estaban sentados.

-¿Ian?

Jared parecía preocupado por él. Era el hermano mayor, y se sentía responsable de sus hermanos pequeños, a pesar de que todos tuviesen más de treinta años.

-Jugad sin mí -respondió él, dándose la vuelta.

Sonrió al ver que los otros parecían aliviados. Todos sabían que Ian jugaba demasiado bien al blackjack.

-Repartid mientras hablo un momento con Ian -dijo Dare a los otros dos.

Ian miró hacia el techo. Dare era el mayor de todos, y también se sentía responsable de sus hermanos y primos pequeños. Se lo tomaba tan en serio que a veces era un verdadero incordio.

-Tenemos que hablar -le dijo a Ian.

-Si tiene que ver con Brooke, no tenemos nada de que hablar -replicó él.

-Claro que sí. Vamos a algún lugar donde podamos estar solos.

Dare lo siguió hasta una habitación en la que Ian había hecho instalar un pequeño despacho y cerró la puerta. Ian se sentó detrás del escritorio, mientras que Dare se quedaba en pie, con las manos en la cintura y cara de pocos amigos.

-Dime lo que tengas que decirme, Dare, para que podamos acabar con esto cuanto antes.

-Para un hombre tan inteligente como tú, no estas actuando de manera demasiado brillante.

-¿Por qué? ¿Porque no quiero que la misma mujer me rompa el corazón dos veces?

-No, porque en ambas ocasiones ella ha mirado por ti, pero tú estás ciego y no te das cuenta. Sé por qué se ha estropeado todo, pero si la hubieses dejado explicarse, te habría dicho que si no hubiese venido ella, habría venido un agente que te habría hecho la vida imposible. Aunque Brooke sabía que no te gustaría, vino porque confiaba en ti y sabía que no iba a encontrar ninguna ilegalidad.

-¿Eso te ha contado?

-No, me lo ha contado Vance.

-¿Vance? ¿Y él cómo lo sabe?

-Porque tiene contactos en el departamento. No se creyó que estuviese aquí de vacaciones e hizo un par de llamadas. Se acercó a ella cuando tú estabas de viaje, aunque no te lo ha contado. Y, antes de que me lo preguntes, te diré que si Vance no te lo ha contado es porque no cree que Brooke sea una amenaza, en especial después de lo que le dijo ella, que confiaba ciegamente en ti.

Como Ian no dijo nada, Dare continuó:

-No sé cuántos hombres pueden presumir de que una mujer les sea tan leal. Pero tú puedes, Ian.

Sin decir una palabra más, Dare se dio media vuelta y salió de la habitación.

Ian se quedó allí sentado, en silencio, reflexionando acerca de lo que le había dicho Dare. Se puso en pie y empezó a pasearse por la habitación, recordando todos los momentos que había pasado con

Brooke desde que ésta había llegado al Rolling Cascade. Sabía que Dare tenía razón. Ella había ido allí a velar por sus intereses.

Se frotó la cara. ¿Por qué el amor tenía que ser tan complicado? ¿Y por qué era él tan propenso a dejar que sus emociones nublasen su sentido común en lo que a Brooke se refería? Quizás porque la quería demasiado. También, porque le daba miedo poner su corazón al descubierto. Pero tenía que hacerlo. Sabía que tenía que hacerlo. Tenía que tragarse su orgullo y dejarse vencer.

Sintió la necesidad de ver a Brooke inmediatamente. En ese preciso momento sonó su teléfono móvil.

-¿Dígame?

-Soy Vance. Parece que van a dar el golpe antes de lo que pensábamos.

-¿Está todo preparado?

-Al pie de la letra. Será como ver una película. Y te he reservado la primera fila.

-Voy para allá.

Salió del despacho y miró a Dare.

-Parece que las trillizas van a empezar ya con el espectáculo. Vente.

Capítulo Diez

Ian fijó la mirada en Brooke nada más entrar en la sala de seguridad al lado de Dare. Quería acercarse a ella, pedirle que lo perdonase y decirle lo mucho que la amaba, pero sabía que no era ni el momento ni el lugar adecuados.

Aun así, no pudo evitar estudiarla. Todavía no eran las once de la noche, pero daba la impresión de que la habían levantado de la cama. Parecía somnolienta, aunque Ian sabía que, dadas las circunstancias, se mantendría alerta.

Como sabía que si seguía contemplándola acabaría atravesando la sala para darle un beso, luchó contra la tentación y se volvió hacia Vance.

-¿Qué tenemos?

-Han hecho exactamente lo que esperábamos que hiciesen -le explicó él, riendo-. Han congelado la imagen de los monitores de tal modo que las imágenes que están viendo mis hombres son de hace tres horas. Ellos no saben que hemos instalado más cámaras y que podemos ver todo lo que está ocurriendo en realidad. Echa un vistazo.

Ian se acercó al monitor. Vio dos figuras vestidas de negro que se acercaban a la cámara acorazada.

-¿Dónde están la tercera mujer y el hombre?

-En el casino -respondió Brooke, señalando otro monitor y evitando mirar a Ian.

-Están estableciendo una coartada -le explicó-. Llevan una hora recorriéndose todas las mesas y jugando al black jack, al póquer, hablando con los empleados del casino y haciendo todo lo posible por hacerse notar. Su coartada será que es imposible estar en dos lugares distintos al mismo tiempo.

-Es posible, cuando uno se enfrente a tres trillizas idénticas- comentó Dare, frunciendo el ceño-. Pero se supone que eso no lo sabe nadie.

Ian sacudió la cabeza. El cuarteto se habría salido con la suya y habría conseguido robar las joyas si Brooke no hubiese sospechado de aquella mujer. Incapaz de seguir controlándose, se acercó al lado de Brooke y oyó como ésta respiraba profundamente.

-¿Sabemos por qué no podemos obtener los datos de las otras dos trillizas? - le preguntó a Vance.

-Sí. Parece ser que las separaron nada más nacer y han crecido en tres familias diferentes. Volvieron a encontrarse en la universidad y ninguna tiene antecedentes. Las tres se criaron en buenas familias. El padre adoptivo de una de ellas trabaja como científico en Bruselas.

El jefe de seguridad sacudió la cabeza y después continuó:

-A mí me parece que lo hacen sólo por divertirse, para ver si pueden salirse con la suya. Llevan cuatro años huyendo de la ley, lo que ha hecho que sean cada vez más atrevidos e imparables -a Vance le brillaron los ojos-. Hasta que han decidido venir a mi territorio.

Todos se instalaron alrededor del monitor y observaron cómo las dos figuras intentaban entrar en la cámara acorazada.

-Han conseguido eludir la alarma, lo que me hace pensar que una de ella es una verdadera profesional -comentó Brooke.

Ian sabía que no tenía que preguntarle si sus hombres estaban en sus puestos. Lo que no sabían las dos intrusas era que cuando entrasen en la cámara acorazada pondrían en marcha un mecanismo que las dejaría encerradas dentro.

Decidió apartarse de Brooke. Simplemente su aroma lo estaba excitando. Se colocó al lado de Dare, que estaba concentrado en las imágenes del monitor. Del mismo modo que sabía que no era el momento ni el lugar para besar a Brooke, también sabía que tampoco era el momento ni el lugar para darle las gracias a su primo por haberle abierto los ojos con respecto a ella.

-Mirad el reloj que lleva la rubia -dijo Brooke, señalando a la mujer que estaba con su marido, charlando con un empleado del casino-. Estoy segura de que emite y recibe señales de las otras dos que están en la cámara. Si algo va mal, será la primera en saberlo.

-Y mis hombres estarán preparados si intentan cualquier cosa -añadió Vance-. Todas las miradas están puestas en ellos. De hecho, la mujer con la que está hablando la rubia es una de mis mejores empleadas. Pero esta noche se está haciendo pasar por empleada del casino.

-Vance, has pensado en todo -dijo Ian, sacudiendo la cabeza.

-Por eso me pagas lo que me pagas.

Todos observaron cómo se habría la cámara acorazada. Para hacer entrar a las dos mujeres, el equipo de Vance había colocado joyas falsas en un cofre enorme, que una sola no sería capaz de mover.

El plan funcionó como previsto. Cuando las dos estuvieron dentro, la puerta se cerró detrás de ellas. Todos miraron inmediatamente la pantalla que mostraba lo que estaba ocurriendo en el casino. Tal y como había predicho Brooke, a la rubia pareció invadirle el pánico cuando recibió la señal de que sus hermanas tenían un problema.

La mujer se acercó a su marido y le susurró algo al oído, sin saber que también los estaban escuchando.

-Algo va mal. He recibido una señal de Jodie y Kay.

La pareja se dio media vuelta, sin duda para escapar, y fueron a caer en las manos de varios hombres de seguridad que los estaban esperando.

-Esos dos ya están a buen recaudo -comentó Vance, sonriendo-. Vamos a ver a las otras dos.

Dos horas más tarde la oficina de Ian estaba repleta, entre los hombres del FBI y la prensa. Todo el mundo quería saber cómo el equipo de seguridad del casino había conseguido detener a una banda a la que la policía no había sido capaz de apresar.

-Todo el mérito es de una agente del FBI, que estaba de vacaciones en el Rolling Cascade -declaró Ian-. Fue ella la que empezó a sospechar de una de las mujeres y nos lo comentó a mi jefe de seguridad y a mí. Si no lo hubiese hecho, no habríamos conseguido sorprenderlos. Estoy seguro de que el príncipe Yasir está muy agradecido.

Ian miró a su alrededor, pero no vio a Brooke por ninguna parte y se imaginó que, después de toda la tensión, estaría en uno de los bares tomándose algo.

-También tengo que agradecer la colaboración de mi primo, el sheriff Dare Westmoreland, que había venido desde Atlanta y que nos ayudó con la investigación.

Ian miró a Vance y sonrió.

-Y, por supuesto, estoy orgulloso del equipo de seguridad del Rolling Cascade, que se ha asegurado de que la banda de Waterloo no se saliese con la suya y de tener las pruebas necesarias para meterlos entre rejas. Todo está grabado en vídeo. Ya hemos entregado las cintas al FBI.

Ian se miró el reloj. Eran casi las dos de la madrugada. Tenía que ir a buscar a Brooke y pedirle que lo perdonase, besarla, hacerle el amor…

-Señor Westmoreland, ¿le sorprendió que la banda de los Waterloo estuviese formada por unas trillizas?

-Sí -respondió, decidiendo que aquélla sería la última pregunta que contestaría aquella noche. Necesitaba ver a Brooke-. Si tienen más preguntas, diríjanse por favor a mi jefe de seguridad, Vance Parker.

Ian tomó el ascensor para bajar al hall y miró a su alrededor. Suspiró aliviado al ver a Tara y a Thorm en las máquinas tragaperras. Antes de que pudiese preguntarles si habían visto a Brooke, Tara, toda emocionada, lo interrogó:

-¿Es cierto el rumor que hemos oído? ¿Tu equipo de seguridad ha atrapado a una banda de ladrones de joyas?

-Sí, con la ayuda de Brooke y de Dare. Por cierto, ¿habéis visto a Brooke recientemente?

Tara dejó de sonreír y frunció el ceño.

-Sí, la he visto hace unos minutos. Se estaba marchando.

-¿A su habitación?

-No, se marchaba del casino.

-¿Qué quieres decir con eso de que se marchaba del casino?

-Pues eso mismo. Ha dejado su habitación. Me ha pedido disculpas por no quedarse al cumpleaños de Delaney, pero ha dicho que, dadas las circunstancias, era mejor que se fuese. Luego la vi subirse a un coche de alquiler y marcharse.

-Maldita sea. ¿Te dijo adónde iba?

Tara miró a Ian y se puso las manos en la cintura.

-Es posible. Pero no sé si debería contártelo. Ya es la segunda

vez que desperdicias la oportunidad.

Ian miró a Thorm para pedirle ayuda. Su primo se rió y se limitó a decir:

-Eh, a mí no me mires. Ha sido la misma mirada que me echa Tara para decirme que me vaya a dormir al sofá.

Conociendo a Tara, Ian sabía que Thorm no habría pasado demasiadas noches en el sofá. Sacudió la cabeza. También sabía que las mujeres Westmoreland eran sumamente leales las unas con las otras y que, para ellas, Brooke formaba parte de la familia. Eso le parecía bien, porque esperaba que algún día fuese una Westmoreland. Pero antes tenía que encontrarla.

Para ello, tenía que convencer a Tara de que se merecía el cariño de Brooke.

-De acuerdo, Tara, lo reconozco, lo he estropeado todo. Ya lo sé. Le debo una disculpa a Brooke.

-¿Eso es lo único que le debes? -inquirió ella, cruzándose de brazos.

-¿Qué más se te ocurre? -preguntó Ian, suspirando desesperado.

-Un enorme diamante estaría bien.

A Ian le dieron ganas de estrangularla, pero sabía que entonces se las tendría que ver con Thorm. Y todo el mundo sabía que era mejor no enfadarse con él.

-De acuerdo, un enorme diamante. En realidad se merece mucho más que eso.

Tara lo miró fijamente, como si estuviese considerando sus palabras. Luego le preguntó:

-¿Y la quieres?

-Sí -afirmó él sin dudarlo ni un instante-. Más que a la vida. Sólo espero que me perdone por haber sido tan tonto.

-Yo también lo espero -admitió Tara, encogiéndose de hombros-. Esta noche Brooke parecía muy triste, y yo no he conseguido convencerla para que se quedase.

Ian asintió y volvió a probar suerte.

-¿Adónde ha ido?

-A Reno. No había vuelos para esta noche, así que iba a quedarse a dormir en un hotel en Reno y comprar un billete de avión para mañana.

-¿Sabes en qué hotel está? -preguntó Ian, que empezaba a

ponerse nervioso.

-En el Hilton.

Ian salió del casino corriendo.

-Sí, Malcolm, estoy bien -dijo Brooke, mordiéndose el labio inferior para no llorar-. No, no estoy en el casino. Estoy en Reno, en un hotel. Vuelvo mañana.

Momentos después, siguió conversando con él.

-Es una historia muy larga, Malcolm, y no me apetece darte los detalles esta noche. Te llamaré cuando haya llegado a la ciudad y te lo contaré todo.

Brooke colgó el teléfono. Según Malcolm, todo el mundo en el trabajo estaba encantado de que hubiesen atrapado por fin a la banda de Waterloo. El director quería verla para expresarle personalmente su agradecimiento. Todo el mundo lo había celebrado. Todo el mundo, salvo Walter Thurgood, que estaba molesto porque le habría gustado llevarse él todo el mérito. Brooke estaba encantada de que las cosas hubiesen terminado así. Si Thurgood se hubiese presentado en el casino, habría intentado llevar la voz cantante, mientras que Dare, Vance y ella habían demostrado formar un buen equipo. Y también estaba Ian.

Ian.

Sólo de pensar en él le dolía el corazón. En el transcurso de la noche, había sentido cómo la miraba y, cada vez que había sentido su mirada sobre ella, se le había roto un poco más el corazón. Tal y como había intentado explicarle a Tara, que no quería que se fuese del Rolling Cascade, no podía quedarse en el casino sabiendo lo que Ian pensaba de ella.

Oyó que llamaban a la puerta. Atravesó la habitación preguntándose quién podía ser a esas horas. Eran más de las tres de la mañana.

-¿Sí?

-Brooke, soy Ian.

Casi se le sale el corazón del pecho. ¿Ian? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿La había seguido hasta Reno para volver a decirle que no confiaba en ella? Pues lo iba a sorprender porque, lo creyese o no, ella sabía que no había hecho nada malo y no pensaba soportar durante más tiempo su actitud.

Quitó el cerrojo y abrió la puerta, enfadada.

-¿Qué estás haciendo…?

Antes de que pudiese terminar la frase, él puso delante de su cara una rosa blanca, seguida de otra roja. Detrás de ellas se escondía Ian.

-He venido a pedirte perdón, Brooke, por muchas cosas. ¿Puedo pasar?

Ella no respondió, pero, después de un par de segundos, se apartó para dejarlo entrar. Cuando Ian pasó por su lado, su olor la aturdió. Brooke cerró la puerta y se volvió a mirarlo. Parecía tan cansado como ella, pero aun así, seguía tan guapo como siempre.

-¿Todavía están los medios de comunicación en el casino? -decidió preguntar Brooke.

-Sí, aún están allí. Los he dejado en manos de Vance.

Ella asintió.

-Debería ofrecerte algo de beber, pero…

-No te preocupes. Tengo que decirte muchas cosas. Pero no sé por dónde empezar. Supongo que lo primero es que siento haberme precipitado al sacar conclusiones. Siento no haber confiado en ti, no haberte creído. La única excusa que tengo, y en realidad ni siquiera es una excusa, es que te quiero tanto, Brooke, que tenía miedo de volver a sufrir como la vez anterior.

-¿Y no crees que yo también he sufrido, Ian? -le preguntó ella-. No todo giraba entorno a ti, sino a nosotros dos. Yo te quería tanto que habría hecho cualquier cosa para protegerte. Y, a pesar del paso del tiempo, nada ha cambiado. Si no hubiese seguido queriéndote, no me habría importado que el departamento mandase al casino a alguien para demostrar algo que yo ya sabía. Eres un hombre honesto y no serías capaz de hacer nada ilegal.

Brooke tomó aire antes de continuar.

-Esta semana ha sido real. Mis sentimientos y mis emociones eran auténticos. No te he estado utilizando para obtener información. Simplemente la idea de que tú pudieses pensar que yo había…

Ian atravesó la habitación y le acarició el rostro. Admito que me he equivocado, cariño. Llámame estúpido. Llámame tonto. Dime que me he pasado de precavido. Pero estoy aquí pidiéndote, rogándote que me perdones y que nos des otra oportunidad. Mi vida no es nada sin ti. He podido comprobarlo durante los últimos cuatro

años. Te quiero, Brooke. Creo en ti. Cometí un gran error y pretendo compensarlo durante el resto de mi vida. Por favor, dime que me perdonas y que todavía me quieres.

Ella lo miró fijamente a los ojos. Dejó las rosas encima de la mesa y lo tomó de las manos.

-Te quiero, Ian, y te perdono.

Él se sintió inmediatamente aliviado, y la besó. Fue un beso largo, intenso, necesitaba volver a sentirse unido a ella y sentir su cariño y que le estaba dando otra oportunidad más. Ir allí a buscarla había sido su última apuesta. Y había merecido la pena.

Brooke lo abrazó y él la levantó en sus brazos. Necesitaba tocarla, probarla, hacerle el amor. Necesitaba volver a empezar lo que sería una nueva vida juntos, para siempre. Sabía que sólo había un modo de llegar a lo más profundo de ella, algo que él anhelaba. La llevó hasta la cama y la dejó allí, movido por el amor y por el deseo. Momentos después, suspiraba al verla por fin desnuda. Se apartó de la cama y la observó.

Después, él también se quitó la ropa y volvió a la cama.

-Te amo, Brooke. No me había dado cuenta de lo mucho que te quería hasta que no he vuelto a pasar tiempo contigo durante las dos últimas semanas. Y sé que estamos hechos el uno para el otro.

-Yo también te quiero -susurró ella cuando él la agarró por el trasero y la apretó contra su erección.

Luego volvió a besarla, expresando con hechos lo que ya le había dicho con palabras. El amor lo movía para que recorriese su cuerpo y sintiese cómo gemía bajo sus labios. Y cuando Ian supo que ella no podía más, le susurró al oído:

-Te quiero.

Y entonces la penetró y sus cuerpos formaron uno solo. Luego Ian empezó a moverse adelante y atrás, hasta conducirla a un clímax tan intenso que tuvo que controlarse para no dejarse llevar por los espasmos.

Ian le hizo el amor meticulosamente, con toda la precisión y el amor con que un hombre podía tratar a una mujer. Se tomó su tiempo, quería que Brooke sintiese todo el amor que sentía por ella. Quería demostrarle que era la única mujer que le importaba, la única a la que podría querer en toda su vida.

-¡Ian!

Y cuando llegó la explosión, los llevó a ambos a otro mundo. Ian gimió al sentir que se vaciaba dentro de su cuerpo, y cuando Brooke apretó las piernas a su alrededor, él supo que aquél era el lugar al que siempre pertenecería.

Cuando volvieron a la realidad, Ian la abrazó, lo necesitaba. Cerró los ojos un segundo, sabiendo que se encontraba en el paraíso y en el cielo al mismo tiempo. Luego los abrió. Sabía que tenía que hacer otra cosa más si quería que su vida estuviese completa.

Se incorporó y miró a los ojos a la mujer a la que amaba.

-¿Te casarás conmigo, Brooke? -le preguntó-. ¿Quieres compartir tu vida conmigo, para siempre?

Vio cómo se le inundaban los ojos de lágrimas, le temblaban los labios y la voz al murmurar, emocionada:

-Sí, me casaré contigo.

Sonriendo, Ian frotó su rostro contra el cuello de ella. Se sentía el hombre más feliz del mundo.

-Ven aquí, cariño -volvió a decirle.

Y la abrazó de nuevo, decidido a hacerle el amor a Brooke hasta el amanecer e incluso después.

Epílogo

La fiesta de cumpleaños sorpresa de Delaney fue un gran éxito. Se había puesto a llorar cuando las luces del salón se habían encendido y se había encontrado rodeada por su familia y amigos. Hasta la Secretaria de Estado se había presentado.

Con el rostro radiante de felicidad y los ojos brillantes, se había vuelto hacia su marido y le había dado un beso de agradecimiento, que Brooke había pensado que era tan apasionado como invalorable.

Siempre había pensado que el príncipe Jamal Ari Yasir era un hombre extremadamente guapo, y aquella noche, vestido con un traje típico de Medio Oriente, era también un elegante jeque. Y, evidentemente, estaba muy enamorado de su esposa. El momento más especial fue cuando el príncipe le regaló a su princesa el cofre con diamantes. Delaney se convirtió en ese instante en la envidia de todas las mujeres de la sala. Salvo de una…

Brooke sonrió mientras observaba al hombre alto, gallardo y guapo que estaba a su lado. Cuando la familia de Ian los había visto juntos, había empezado a hacerles preguntas. Ian y Brooke habían respondido con sinceridad y queriendo compartir su felicidad: «Sí, volvemos a estar juntos y estamos planeando casarnos aquí, en el Rolling Cascade, en el mes de junio».

La más contenta con la noticia fue la madre de Ian, que había abrazado a Brooke y le había susurrado al oído:

-Sabía que Ian acabaría entrando en razón. Bienvenida a la familia, cariño.

Y, hablando de familia…

Brooke pudo conocer por fin a los trillizos del tío Corey. Clint y Cole eran muy guapos, como el resto de los hombres Westmoreland. Y Casey Westmoreland, cuya belleza era impresionante, habría atraído toda la atención masculina. Brooke también conoció a

algunas de las esposas de otros Westmoreland. Las hermanas Claiborne, Jessica y Savannah, que estaban casadas con Chase y Durango, la esposa de Storm, Jayla; y la de Stone, Madison. El tío Corey le había dado un enorme abrazo antes de presentarle a su esposa, Abby. Abby era además la madre de Madison, así que todo quedaba en familia.

Después de la fiesta de Delaney, Ian había llevado a Brooke a su invernadero, y allí, de rodillas y bajo el cielo estrellado, había vuelto a pedirle que se casase con él y le había regalado un anillo con un enorme diamante.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Brooke mientras él le ponía el anillo. Cuando Ian se puso en pie, lo miró rezumando amor por los ojos. Él la abrazó.

-Quiero besarte bajo una estrella fugaz -murmuró Ian mientras le llenaba el cuello de besos.

-¿Crees que seremos capaces de soportar más pasión?

-Creo que sí. Juntos, lo soportaremos todo.

Entonces, la besó, y Brooke lo creyó. Teniendo en cuenta lo mucho que habían sufrido ya, podrían soportarlo todo.